Juan Carlos Boveri

Cuentos deshechados

© Juan Carlos Boveri
Imagen: Collage – JB
Ediciones Bec

Este libro en su formato digital puede ser descargado en forma gratuita.
Se permite su reproducción digital, total o parcial, sin fines comerciales, respetando en forma estricta el contenido y haciendo mención de su autor.

Escribí miles de páginas que tiré a la basura (cuando se usaba máquina de escribir y hojas de papel. Destruí una enorme cantidad de archivos desde 1989, cuando empecé a usar computadora. Publiqué poco en comparación con lo que escribí. Y, excepto un par de libros, ninguno dejo de producirme un poco de dolor de estómago al pensar: «¿Cómo pude escribir esto?».

Desde los doce años quise ser escritor. A esa edad, escribí una novela policial que terminé tirando a la basura dos años después. Me acordé de esa historia y me di cuenta de que el argumento y el desarrollo no estaban tan mal. La escribí imitando el estilo de Edgar Allan Poe, del que, más adelante, me alejé por completo.

En un pendrive encontré estos cuentos, excepto tres o cuatro de ellos que había publicado y retiré en nuevas ediciones. Estaba a punto de borrar los archivos y decidí no hacerlo. Hoy, en mi vejez, me hubiera gustado leer lo que escribió el chico de doce años que fui y del adolescente en que me convertí después y que escribió una enorme cantidad de cuentos, de los que ya ni me acuerdo de qué trataban.

En este caso, a menos que viva ciento diez años, lo que dudo dada mi decadencia física, no voy a poder leer este libro dentro de veinte años. Es posible que ni en diez, ni en cinco, ni en uno. De todos modos, decidí conservarlos como un homenaje a todas las historias que inventé y destruí.

Por esa única razón, evité su destrucción y los publico. Tal vez, alguien los lea.

No corran, es el lobo de siempre

Sabés que a mi viejo siempre lo consideraron un mentiroso.

Mejor dicho, un mitómano. Sé que no fue siempre así.

Durante años lo consideraron un hombre serio. Al menos, es lo que me dijeron.

De buenas a primeras, como si algo se hubiera roto en su cabeza, comenzó a mentir.

Mentía todo el tiempo.

Y las suyas no eran mentiras comunes. Siempre tenían que ver con sucesos extraordinarios.

La primera vez que se presentó en la comisaría, denunció el ataque de un hombre lobo, en el bosque.

El comisario le hizo notar la falta de luna llena y que el suceso ni siquiera, había ocurrido durante la noche.

De todos modos, pensando que podía ser un vagabundo recién llegado al pueblo, recorrieron el bosque sin encontrar a nadie, ni tampoco rastros.

Como mi viejo, todavía, era considerado un hombre serio y un comerciante honesto, el comisario elaboró la teoría de una broma de la cual había sido víctima.

Dos meses después, regresó a la comisaría asegurando que había sido raptado por extraterrestres, en las cercanías de la laguna. El comisario no le creyó, pero mucha gente

consideró auténtico el relato y hasta vinieron de una importante revista para reportearlo.

No había terminado ese año cuando volvió a la comisaría confesando el asesinato de mi vieja.

Dijo que la había enterrado en el patio.

Por las dudas, el comisario dio orden de cavar y llenaron el patio de pozos hasta que, alrededor de las ocho de la noche, llegó mi vieja, que había ido a visitar a mi tía en el pueblo vecino.

A mi viejo lo metieron preso por faltarle el respeto a la autoridad, pero lo soltaron al día siguiente.

Sin embargo, no cesó en sus denuncias.

No menos de seis veces más, el comisario escuchó las historias más asombrosas. Luego, volvió a decir que había matado a mi vieja y al amante.

Pasaron tres días y mi vieja y el amante no aparecían en el pueblo. Entonces, el comisario fue a investigar.

Mi viejo repitió cómo los había matado y enterrado en el patio. Otra vez, cavaron durante horas sin encontrar ningún cuerpo. El comisario revisó la casa y vio que faltaba la ropa de mi vieja.

—Lo lamento, Luciani, pero su mujer se fugó con el Turco Bartei —le dijo el comisario.

Parece que en el pueblo eran muchos los enterados de la relación de mi vieja con el Turco Bartei. De cualquier forma, mi viejo, cada tanto, hacía alguna denuncia.

El comisario, que ya le tenía simpatía, lo escuchaba con paciencia y le decía:

—Luciani, ¿por qué no hace un esfuerzo y para de mentir? Venga, tómese unos mates.

Pasaron los años, yo ya era un adolescente y quería saber por qué ella me había abandonado y dónde estaba.

Empecé a preguntar buscando pistas que me señalaran su paradero.

Todo lo que pretendía era tenerla frente a mí, que me mirara a los ojos y me dijera si, por otro hombre, había sido capaz de dejar a su hijo.

Una noche entré a casa y mi viejo estaba en la cocina, bastante borracho. Me dijo:

—Vení, tengo algo que contarte.

Me sorprendió verlo borracho, él tomaba muy poco. Llenó el vaso de vino mientras yo me sentaba a su lado. Tomó más de la mitad del vaso de un trago y, sin ningún preámbulo, dijo:

—No busqués más a tu mamá. Ella te quería. No te abandonó. Nunca te hubiera abandonado. Yo la maté. A ella y al Turco Bartei.

Hice una mueca de descreimiento y me levanté.

Él agregó:

—Supe que eran amantes y me hice pasar por mitómano. Las denuncias que hice eran mentiras que conté para ocultar lo que iba a hacer de verdad. Cuando estuve seguro de que no

me creerían, los maté y confesé el crimen. No me creyeron. Para que no tuvieran sospechas, seguí presentando denuncias falsas después que los maté.

Llenó el vaso de vino y se tomó la mitad de un trago.

Tenía la cabeza gacha, mirando la mesa.

Siguió hablando:

—Todo el pueblo piensa que soy un mentiroso y cuando dije la verdad, no me creyeron. Buscaron en el sitio equivocado porque en eso les mentí. Si no me creés, andá al galpón, agarrá la pala, corré la mesa de las herramientas. Ahí están. También la ropa de tu madre. La enterré con ellos para que vieran que faltaba del armario y pensaran que se había fugado.

—¿Hablás en serio? —le pregunté.

—Andá, andá y hacé el pozo —me contestó.

Cavé el pozo y volví a la cocina.

Mi viejo seguía en el mismo lugar. Había abierto otra botella.

Me serví un vaso de vino y me lo tomé a fondo blanco.

Mi viejo se puso a llorar. Nunca lo había visto llorar.

Le puse una mano sobre el hombro y le dije:

—Quedate tranquilo. Volví a tapar el pozo. La mesa quedó en el mismo sitio. Todo está igual. Todo sigue igual.

—Te cuento todo esto porque ya estoy viejo y, tarde o temprano, la casa que fue de tu abuelo, va a ser tuya. Así que me pareció que debías saber que tu abuela está enterrada en el galpón.

Un olvido

Lleva horas haciendo el trabajo. No creyó que le costaría tanto. Mira las bolsas amontonadas en el piso.

Tira la última bolsa al piso.

Respira agitada. Con el antebrazo, se acomoda un mechón de pelo que le cae sobre la cara.

Tiene sed. Se da cuenta de que durante todo el trabajo estuvo sin tomar nada.

Se quita los guantes de goma. Están muy sucios. Los lava hasta dejarlos impecables. Ahora, puede tomar agua. Pone un vaso bajo la canilla y lo vacía sin respirar.

Va al baño. Abre la ducha. El agua la reconforta.

Se viste.

Lleva las bolsas al garaje. Las mete en el auto. Llena el baúl, el resto lo ubica sobre el asiento trasero, en el piso del coche y un par de bolsas lo ubica en el asiento delantero.

Abre la puerta del garaje.

Sale con el auto.

Comienza el reparto.

Está muy cansada. Todo lo que quiere es acostarse en su cama y dormir.

Mira la bolsa que quedó en el asiento delantero.

Termina de descargar.

Amanece.

Vuelve a su casa.

Mete el coche en el garaje.

Limpia el asiento delantero.

Abre la puerta de atrás.

Hace un gesto de fastidio.

Sobre el piso del coche, entre el asiento delantero y el trasero, se olvidó de una bolsa.

La bolsa en la que metió la cabeza de su marido

Un espectador

Está sentado en un banco, cerca del monumento.

Desde donde está, ve a nenes pequeños jugando en el tobogán y las hamacas.

Ve a tres madres conversando, sentadas en un banco a unos die metros de los juegos de niños.

Ve al hombre mirando a los niños.

Él mira a las madres, a los niños y al hombre

Los mira uno a uno.

Ve cómo las madres se rien de alguna cosa.

Ve los niños deslizándose en el tobogán.

Ve al hombre acercándose a los niños.

Las madres siguen conversando.

El hombre está cerca de un niño rubio, con flequillo, de unos cuatro o cinco años.

Ve a una de las madres señalando hacia el lado opuesto del que están los ñiños.

Las otras madres miran hacia ese lado.

El hombre le da una golosina al niño.

El niño la toma. Comienza a comerla.

El hombre lo toma de la mano.

Las madres vuelven a reír.

El hombre y el niño caminan juntos.

Llegan a la vereda.

Cruzan la calle.

Una de las madres mira hacia los juegos.

Va hacia los juegos.

Escucha que la madre grita un nombre.

El nombre del niño.

Las otras madres se acercan.

Él ve al hombre abriendo la puerta de un coche.

La madre grita el nombre del niño.

Las otras madres, también, gritan el nombre.

Él ve cómo el auto arranca y se aleja.

Se pone de pie.

A medida que camina dando la espalda a las madres, escucha los gritos de todas.

Un policía corre. Una mujer fue a buscarlo.

Él cruza la calle. Hay un bar. Entra.

Pide un café.

Mira hacia la plaza.

Llega un coche patrullero.

Toma el café muy despacio.

Cosas que se repiten

—En ese tiempo, yo era muy joven. Como vos. Con el comisario Acosta agarramos a un tipo. Un linyera. Esa basura violó a una nena de cinco años y, después, la estranguló. Tiró el cuerpo al río. El cuerpo quedó enredado en unos juncos y un pescador lo vio. Pasaron muchos años y, todavía, me acuerdo de la criatura. Parecía un ángel.

Señala el cuerpo caído y me dice:

—Un asqueroso como este. Parece un calco de lo que pasó con aquel tipo. La única diferencia es que, en este caso, el violador y asesino no es un linyera, sino un peón del campo. Vos viste lo que le hizo a la nena. Esta inmundicia no la tiró a la laguna. La dejó en el monte. Es otra diferencia, pero es lo mismo. Inmundicias que hay en este mundo. Como sabés, a estos los tienen unos años presos y los sueltan. Eso no es justicia. Es injusticia. Ya lo pudiste ver.

Respira hondo, suelta el aire con fuerza y, sin mirarme, me sigue contando.

—Estábamos el comisario y yo. Al tipo lo teníamos esposado y faltaba cargarlo en el jeep y llevarlo a la comisaría. Entonces, el comisario me pide que vaya hasta el jeep y busque una linterna. Ya estaba anocheciendo y pensé que quería seguir revisando el lugar. En una de esas, podía haber otra víctima. Es lo

que creí. Cuando llegué a la ruta, donde dejamos el jeep, escuché el disparo. Saqué la pistola y corrí.

Ahora, mira para el lado de la laguna.

Se acomoda el cinturón, abrocha la pistolera.

—Me enconté con el linyera acostado boca arriba, no boca abajo como estaba. No tenía puestas las esposas y había un cuchillo cerca de su mano. El comisario le había pegado un tiro. Él me miró fijo y dijo que el masculino tenía un cuchillo escondido, lo tomó de sorpresa, le quiso arrebatar el arma y no tuvo otra opción que tirar en defensa propia. Sin apartar los ojos de mi cara, me preguntó si me parecía que era así. Ni dudé. Le dije que sí, que yo había visto cómo lo atacó con el cuchillo y no le quedó otro camino que matarlo. El comisario movió la cabeza afirmativamente. Dijo que me quedara con el cadáver hasta que llegara el forense. Él iba hasta el pueblo a buscarlo.

Enciende un cigarrillo.

—Me quedé solo con el cadáver. Y no sé qué me pasó. Le pegué una patada en las costillas. Te juro que no sé qué me pasó. Fue como si toda la furia y el odio que tenía adentro por lo que esa inmundicia había hecho con la nena, me empujara. Lo seguí pateando. Cuando llegó el forense, encontró el cuerpo con la mandíbula rota, golpes en la cabeza, muchas costillas rotas. En fin, me iniciaron un sumario, me transfirieron a un pueblito perdido en el mapa y no recibí un ascenso durante años. Hasta que el comisario Acosta pasó a retiro, habló bien de mí y me trans-

firieron a un nuevo destino, en un pueblo cercano. Al final, recibí ascensos y llegué, de nuevo, acá.

Se queda callado, mirando el cadáver del peón.

Al lado del cadáver, hay un cuchillo.

El tiro lo recibió en el medio del pecho.

—Te cuento esto porque voy a buscar al forense. Te quedás solo con el occiso. Quedate quieto. No hagas nada. Cuando digo nada es nada. ¿Me entendiste, Benítez?

—Entendí bien —le contesto.

Vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Puedo irme tranquilo, Benítez?

Le contesto:

—Le doy mi palabra. Vaya tranquilo, comisario.

Tratos naturales

—Es demasiado.

—Le aseguro que vale más que eso.

—No creo que nadie le dé tanto. ¿Cómo dijo que se llama?

—Ruiz.

—Usted no, ella.

—Zulema.

—¿Así se llama?

—Desde que nació. Se lo puso la madre. Antes perdió una hija que se llamaba igual.

—Si no baja el precio, no pienso arreglar con usted.

—Es una oportunidad. Se la ofrezco porque usted no es del pueblo. Usted viene de vez en cuando. Conoce la zona, sabe que en otros pueblos pagarían hasta el doble.

—¿Está seguro de que no me miente?

—¿En qué puedo mentirle?

—En todo.

—Le juro que le digo la verdad.

—¿Realmente, tiene once años?

—Puedo mostrarle el documento. Usted la vio.

—Parece de algo más.

—Tiene once.

—¿Cómo puedo estar seguro de que es virgen?

—Eso se lo doy por escrito. La madre y yo sabemos cuidarla. Va a la escuela y, de ahí, a casa. Tiene dos amigas y nadie la vio con un muchacho cerca. Puede preguntarle a cualquiera de los de por acá.

—Si no es virgen, no pienso darle ni un centavo.

—La mitad por adelantado.

—No.

—No voy a arriesgarme con usted. No lo conozco. Todo lo que sé es que viene cada tanto y para en el hotel.

—Está bien. Le doy la mitad antes. Es mejor que sea cierto lo que dice. No me gusta que me engañen.

—Quédese tranquilo. No lo engaño y lo va a pasar bien.

—¿Dónde la veo?

—En esa pieza que está con luz. Ella lo espera.

—¿Quién hay en la casa?

—Mi mujer está durmiendo y mi hijo trabaja de noche.

—¿La madre está de acuerdo?

—La idea fue de ella. Venga. Lo acompaño. Lo espero afuera. Me gusta sentarme a mirar el cielo. Hoy está todo estrellado, ¿se fijó?

La casa huele a comida frita. En el cuarto de entrada hay una estropeada mesa cubierta con un mantel manchado.

Contra una de las paredes, una cama con una desarreglada colcha azul descolorida. Por encima de la cama, una mancha de humedad y, sobre la mancha, un cuadro sucio, con el marco des-

gastado, reproduciendo el mar, un faro, un barco y, entre nubes grisáces, una luna débil.

—Por esa puerta. Pase con confianza.

La puerta no tiene picaporte. La abre empujándola.

El dormitorio está iluminado por la luz de un velador sin pantalla. Arrima la puerta y camina hasta la cama.

Se quita el saco sin dejar de mirar a la chica. No puede verle la cara, solo el cuerpo, delgado y recto.

Ella se cubre la cara con el antebrazo, como si estuviera bajo el solo y el brillo la molestara.

Tiene puesta una camisola corta, los pies son pequeños y sus uñas están pintadas de rojo.

Él acaba de sacarse la ropa y se recuesta junto a ella.

La chica no se mueve hasta que él la toca. Gira el cuerpo, poniéndose de costado. Quiere besarla. Ella mueve la cabeza para uno y otro lado, hasta que la deja quieta. Tiene las manos mojadas de sudor. Su respiración se acelera. De repente, contiene el aliento, como si fuera a zambullirse.

De alguna parte de su interior sale una voz, su voz, pero no pronuncia palabras ni siquiera gritos, son chillidos.

El colchón se hunde ruidosamente.

Por la ventana abierta entran insectos que zumban alrededor de ellos.

Él se sienta en la cama y trata de recuperar la respiración normal. Tiene el cuerpo transpirado, huele su propio mal olor

bajo las axilas y de entre sus piernas. Su boca está reseca, con la lengua escarba una muela cariada.

La chica se puso boca abajo, apoyando la mitad de la cara en la almohada.

—¿Cuántos años tenés?

—Once.

—Parecés mayor.

—Soy más alta que las demás y piensan que tengo más edad. Siempre dicen: «Murra parece que tiene quince o dieciséis».

—¿Te dicen Murra?

—Me llamo Murra.

—Nadie se llama así.

—Yo sí. Soy Murra.

Él le pasa la mano por la espalda. Su piel está húmeda, pero es increíblemente fresca y joven. Ella no se mueve. Parece dispuesta a permitir que hagan lo que quieran con su cuerpo.

—Y usted, ¿cuántos años tiene?

La pregunta lo toma por sorpresa.

Vacila, como si estuviera a punto de quedar expuesto.

Demora en contestar:

—Cuarenta y cinco.

Ella sigue inmóvil, con la cabeza sobre la almohada, mirándolo de reojo, sin demasiado interés. Es como si todo fuera natural para ella.

Él se levanta y empieza a vestirse.

—No va a darme nada. Prometió comprarme un vestido si estaba con usted. Pero sé que se va a quedar con toda la plata.

El se sigue vistiendo en silencio.

—Entra y me toca. Todas las noches, me toca y me pide que lo toque.

Él termina de vestirse.

—Me pide que le haga cosas. Me lo pide desde que tengo memoria. Quiero irme lejos, donde no me encuentre.

Él abre la puerta. Otra luz entra con violencia.

Él se detiene en el límite de los dos cuartos. Mete la mano en el bolsillo, saca un billete, retrocede. Deja el billeta sobre la almohada. La chica lo estruja cerrando la mano.

—Me debe la otra mitad —dice Ruiz.

Está sentado en una silla, cerca de la puerta de entrada.

—Ella no era virgen. Le pagué bastante.

Ruiz se pone de pie.

—Escuche… —dice.

Él le pone una mano en el pecho.

Lo mira a los ojos.

Por unos segundos, el rectándulo de la ventana se cubre con la silueta de una mujer.

Él se da vuelta. Con pasos tranquilos, camina hasta el auto.

Escucha los gritos de la chica. Alguien le pega.

Claramente la oye decir:

—Es mi plata. Me la dio a mí.

Él comienza a fumar.

Enciende la radio.

Da la impresión de estar sintiendo la necesidad de irse de ese lugar. De todas maneras, ya terminó la recorrida que hace por los pueblos como viajante de lencería.

Suelta el humo del cigarrillo. Sube el volumen de la radio.

Esa canción le gusta. Es *Misty*. Nunca se acuerda del nombre de la negra que la canta.

Llega a la ruta. Se lo ve relajado, pero ansioso.

Como si tuviera un poderoso deseo de llegar a su casa, dormir en su cama y, al mediodía de mañana, sentarse a la mesa para comer con su mujer y sus hijas.

Un buen día para despedirse

Durmió unas horas. Se despertó y siguió en la cama hasta pasado el mediodía.

Un par de veces se sobresaltó al escuchar pasos en el corredor. Pero ella no abrió la puerta.

En voz baja, como si hablara con alguien, dice:

—Ella no hará nada. Va a esperar que yo haga algo. Pero no pienso moverme de esta casa.

La ventana es atravesada por la claridad del día.

El día es muy frío.

Mira el reloj. Son las tres de la tarde. Las colillas de cigarrillos llenan el cenicero. Tiene el impulso de levantarse. Se quita las frazadas y se pone de pie.

Se viste y sale al pasillo.

Permanece en la puerta, como si esperara escuchar algún sonido. La casa está en silencio.

Va al baño y decide bañarse. El agua caliente lo hace sentir mejor. Regresa al cuarto y se cambia de ropa.

Abre la ventana. Una débil ráfaga de viento frío entra como una mano que arrastra la atmósfera sofocante del dormitorio.

Desde la ventana ve cómo un hombre entra en la casa.

Él vacila. Puede cerrar la puerta y acostarse otra vez o ir al encuentro de lo que está sucediendo.

No tiene tiempo de resolver nada.

—Vengo a pedirle que se vaya —dice el hombre.

Está parado en el vano de la puerta.

Él demora en reaccionar.

—Váyase de una vez —insiste el hombre.

—¿Qué hace usted en mi casa?

—No vine para discutir con usted. Solo le pido que se vaya.

El hombre da unos pasos hacia el interior del cuarto.

—Esta es mi casa. No sé quién es usted.

—Eso no le importa. Debe irse. Junte su ropa y salga.

—¿Está loco?

—Le repito que no pienso discutir con usted. Váyase.

Se miran a la cara.

—Esto es absurdo. ¿Se lo pidió mi mujer?

—Guarde su ropa y salga.

—Ella está loca. ¿Le paga para que haga esto?

—Todo lo que quiero es que se vaya.

—¿Qué piensa hacer si me quedo acá o si decido acostarme en mi cama?

El hombre saca un cuchillo.

—Váyase.

El hombre se pone muy cerca de él. Le muestra el cuchillo.

—Déjeme pasar.

El hombre se hace a un lado y él sale del cuarto. El hombre camina atrás.

—¿Qué pretendés hacer? —dice, al verla sentada en el sofá del living.

Ella no le contesta.

—¿A este punto fuiste capaz de llegar?

Ella lo mira. Está fumando. Le dice:

—Es mi casa. No quiero verte aquí. Si te lo pidiera yo, jamás te irías.

—Sos mi mujer –dice, sin firmeza en sus palabras.

Ella sonríe y apaga el cigarrillo doblándolo por la mitad.

—Me harté de tu mal olor y tu música estúpida.

—El hombre que trajiste me amenazó con un cuchillo.

—No veo ningún cuchillo.

—Lo tiene.

—Es hora de que abras esa puerta y no vuelvas. Si no llevás tu ropa, mañana la vas a encontrar en la basura.

—¿Es tu amante?

—No tengo por qué responderte.

—Es todo lo que quiero saber.

Ella se queda callada. Busca el atado de cigarrillos.

—Por eso querés que me vaya, para que ocupe mi lugar.

—No es asunto tuyo lo que haga con mi vida.

El hombre le pone una mano en el hombro. Aprieta el hombro y lo mira sin decir palabra.

—No creí que fueras capaz de llegar a tanto —dice, sin ninguna convicción.

—Es mi casa. La compré con mi plata. Acá se hace lo que yo digo. Vos no sos más que un vago. Me hartaste.

El hombre, todavía, lo sostiene del hombro. Aprieta el hombro con más fuerza.

—Entiendo —dice.

Mueve el hombro librándose de la mano.

Comienza a caminar hacia la puerta.

Ella le dice:

—Tenés que ponerte un abrigo. Hace demasiado frío.

—No creo que te importe lo que me pase.

—Te aconsejo que te pongas un abrigo. Después, podés hacer lo que se te ocurra con tu vida.

El hombre le pone una mano en la espalda, hace una ligera presión empujándolo.

Él abre la puerta y dice:

—Podrías haber hecho las cosas con más dignidad.

—Si la tuvieras, hace tiempo que te habrías ido.

El hombre se encarga de cerrar la puerta.

Ella está encendiendo otro cigarrillo.

El hombre dice:

—No creo que tu marido vuelva a molestarte.

Ella suelta el humo.

—No es mi marido. Es mi hijo.

El hombre se queda mirándola.

—Dijo que eras su mujer.

—Es un vago y está loco.

El hombre mira por la ventana. La vereda está vacía.

—Es cierto que es más joven de lo que pensé, pero dijo que eras su mujer y lo repitió varias veces.

La mujer suelta una larga bocanada de humo.

—Este es el dinero que te prometí —dice y pone un montón de billetes sobre la mesa.

El hombre los mete en su bolsillo.

—Si alguna vez volvés al pueblo, podés visitarme.

Ella lo mira y sonríe.

El hombre abre la puerta.

Hay un fuerte olor a nafta.

Un reguero de nafta rodea la casa, como una víbora que terminará por morderse la cola.

El hombre le contesta:

—Es difícil que vuelva.

Cierra la puerta, levanta los pies para pasar sobre el charco de nafta.

Comienza a caminar un poco apurado.

No se le ocurre dar vuelta la cabeza cuando se escuchan los gritos de la mujer.

La casa se incendia.

La mujer grita más fuerte.

Como si las llamas no la dejaran salir.

El hombre se aleja con las manos en los bolsillos.

Nunca hablaremos de Temple

La mujer tiene el libro apoyado sobre su regazo.

Encorva ligeramente la espalda y su cuello se dobla de tal forma que los cabellos le caen a lo largo de las mejillas hasta casi rozar el libro.

Todo su cuerpo se mueve rítmicamente con el traqueteo del tren. Está sentada junto a la ventanilla, en sentido inverso a la marcha del tren. El resto del asiento está vacío, excepto por un pequeño bolso del que, en un par de oportunidades, sacó un paquete de pastillas.

El asiento está ubicado junto a la puerta que comunica un vagón con el siguiente.

En esa posición puede observar el vagón completo y todos los movimientos que hay en él.

En el vagón hace calor. Los ventiladores de techo no funcionan. Los pasajeros son escasos: una mujer que viaja sola; una pareja que no habla una palabra; un viejo que duerme y un hombre que escribe en un cuaderno.

El hombre que escribe está sentado en la fila contigua y en un asiento próximo al de la mujer que lee.

Hace rato que la mujer no se concentra en la lectura. Disimula dando vuelta a las páginas, pero está pendiente del hombre que escribe.

Varias veces, se cruzaron las miradas del hombre y la mujer. Cada vez, la mujer desvió rápidamente la mirada.

La mujer interrumpe la lectura y revuelve en su bolso. Saca agenda con tapas de cuerina. Entre las hojas, hay una lapicera. La mujer se acomoda el cabello y escribe:

«¿Sabe alguien de mi soledad? Ese hombre me agrada. Su aspecto, el modo en que cruza sus piernas, la manera en que pasa la mano por su nuca. Todo, hasta el más insignificante de sus gestos los estuve observando desde que subió al tren. Me atrae, pero no con una atracción instintiva y brutal, sino con una atracción que despierta en mí sueños e ilusiones de una vida diferente».

Se pone una pastilla de anís en la boca.

Escribe:

«¿Por qué no atreverme a mirarlo a los ojos, sostener la mirada hasta obligarlo a que decida a levantarse y me pregunte si puede continuar el viaje a mi lado? Si hoy no ocurre, jamás ocurrirá. No volveré a viajar en años, ni siquiera tendré la chance de encontrarlo en algún tren. ¿Cómo será su vida? ¿Tendrá un hogar en el que una mujer lo espera con la comida lista? Tal vez, sea escritor. No deja de escribir. Fantasías mías. ¿Por qué escritor? Podría estar haciendo alguno de esos juegos que parecen irrealizables. Sé que se fijó en mí. Me gusta que lo haga. En todo momento, está en mi radio de visión. Como en este momento: escribo y veo su mano buscando el encendedor con

el que prenderá el tercer cigarrillo. Me agrada que fume, que tenga en la boca el olor del tabaco. Muchas mujeres le harían enjuagar la boca y le impedirían fumar en el cuarto. El no sabrá nunca que podría fumar acostado a mi lado y que yo misma encendería sus cigarrillos».

La mujer deja de escribir y mira por la ventanilla. Guarda la libreta en el bolso y vuelve a tomar el libro que estaba leyendo.

Entre uno y otro de esos actos, con disimulo, mira hacia donde está el hombre sentado. Luego, ya no apartara la vista de las páginas del libro, como si hubiese sido atrapada por él.

El hombre levanta la mirada: la mujer está dando vuelta a una página del libro. Él lee la última página que escribió en el cuaderno:

«El hombre mira hacia el asiento donde está sentada la mujer y siente algo muy parecido a la decepción. Por alguna razón esa mujer le recordó su soledad, el vacío que se formó dentro de él. ¿Cómo es la vida de esa mujer? Nunca lo va a saber. Ella tampoco sabrá que él acaba de viajar a la ciudad y le dijeron que Celina, su mujer, ya no reconoce a nadie. Su mujer ni siquiera sabe quién es él».

De manera fugaz, mira a la mujer y sigue leyendo.

«La primera vez que la vio, Celina tenía puesta una malla azul y entrecerraba los ojos por los reflejos del sol. Esa tarde, en la laguna, se enamoró de ella. Era la chica más hermosa que había visto en su vida. ¿Cómo podía imaginar que, en ese momento,

selló su destino convirtiéndose en esto que es ahora? ¿Quién puede saber en qué instante acaba de decidirse su vida y que todo lo que soñó jamás podrá realizarse? Tarde o temprano, se descubre que uno nunca será lo que deseó ser».

El tren reduce, aún más, la velocidad.

«Me gusta mucho esa mujer. Pudo haber sido ella la que llenara esta sensación de constante soledad. Me miró varias veces, pero dejo de hacerlo. Si hubiera sostenido mi mirada, habría cobrado valor para ir junto a ella».

Deja de leer. Ve el bosque; más allá, la laguna.

Se pone de pie, toma el bolso del portaequipaje. Guarda el cuaderno. Todo lo hace con lentitud, como si estuviera cansado o agobiado por el calor.

Al pasar junto a la mujer y antes de abrir y cerrar la puerta del vagón, puede leer el título del libro que ella está leyendo.

«Podríamos haber conversado sobre Temple y el sonido de las mazorcas», murmura entre dientes, para sí mismo, seguro de que el ruido de las ruedas golpeando contra los rieles cubrirá su voz.

La mujer no aparta la vista del libro.

Él se queda de pie, en el pasillo, esperando que el tren se detenga en la estación.

El abrazo

—¿Cómo te fue?

—Cada día hay más locos.

—¿Te pasó algo?

—No. Todo tranqui. El tipo se me acercó de diez. Era distinto a los que andan por acá. Bien empilchado, limpito. Ya sabés que después del Peludo que me quiso fajar, no me descuido y me dio un asunto medio rato. Pero recién en el telo. Por las dudas, dejé la cartera abierta, con la navaja a mano.

—¿Qué te pidió?

—Fui al baño. Me desnudé. Pensé que el tipo estaría desnudo en la cama y esperando que lo peteare, pero estaba vestido, parado delante de la ventana, mirando para afuera a través de la celosía. Me le acerco. Le pregunté si quería que le sacara la ropa y no sé qué más le dije, lo de siempre.

—¿Qué te dijo?

—Te juro que me desconcertó.

—Dale, largá el rollo, no me tengás en suspenso.

—Me pidió que lo abrazara. Y lo abracé. Creí que iba a meterme mano. No hizo nada. Me abrazó. No como si me abrazara a mí, sino como se abraza a la novia, a la madre, qué sé yo. Se quedó como dos o tres minutos abrazándome. Yo lo seguí abrazando. Y, en una de esas, sentí algo, me pasó algo.

—¿Qué sentiste?

—Como me sentí muchas veces. Qué sé yo. Me parecio que a él le pasaba como me pasa a mí. Hace poco, estaba sola en la pieza y sentí como una cosa fea, como angustia, como que estaba sola, sin nadie a la que yo le importara. Y lo abracé más fuerte. Por ahí, reaccioné. Estaba en un telo y es mi laburo. Le metí la mano entre las piernas.

—Te dejo hacer.

—No. Se sonrió apenas, como si le costara sonreírse. Me agarro de la mano y dijo que no hacía falta.

—Che, es raro.

—Te dije.

—¿Entonces?

—Dijo que nos podíamos ir.

—¿Te pagó?

—Sí y más de lo que arreglamos. Salimos, me saludó y se fue para el lado de la avenida. Me vine apurada para acá. Quería contarte. Me quedé con una sensación, no sé cómo decirte. De chica me pasó una vez. Como si hubiera estado haciendo el ridículo. Una cosa como esa. ¿Qué pensás?

—Ya te dije. Está lleno de locos.

—No parecía un loco.

—Los más locos nunca lo parecen.

—Puede ser.

—Olvidate y a otra cosa.

—Hay mucha gente sola. A lo mejor, le pasó algo y no tenía a nadie que le diera consuelo. Como me pasa a mí.

—Dejate de embromar. Al tipo le falta un tornillo. Dale, vamos a comer una pizza y nos tomamos unas birras, así te sacás el mal gusto que te quedó.

—Ese tipo me dio lástima. Eso sentí. Le tuve lástima.

—Acabala, mirá ahí viene el Turco. A este boludo le sacó la pizza y las birras. Después, le hago el service y salvo la noche, como vos con el loco ese.

—No entendiste nada.

—Hola, Turco. ¿Nos invitás con una pizza?

El extraño caso de la señorita Valle

Yo se lo cuento como me lo contaron.

Me dijeron que la señorita Valle vivía en el tercero «B». Había llegado al edificio en el 73 o 74.

Era una chica como de veinte y pico de años. Muy seguido la veían con unas amigas. Dicen que todas iban a la facultad. No sé a cuál.

Tenía un novio que sería de la edad de ella. Parece que, también, iba a la facultad. El novio desapareció de un día al otro. Se habrán peleado. No sé si estudiaba lo mismo que ella. No me dijeron nada sobre eso.

La señorita Valle trabajaba vendiendo flores artificiales en los negocios. Por lo que sé, ella misma las hacía. Como ve, no hay nada que sea anormal.

Lo único raro pasó esa noche.

La señorita Valle llegó a eso de las nueve. La vio una vecina con la que subió en el ascensor.

Y esa fue la última vez que alguien supo de ella.

Como a los tres días, vino a buscarla una tía de ella porque la señorita Valle tenía que entregarle unas cosas en su casa y no había ido.

Al llegar al departamento, vio que la puerta estaba rota, con la cerradura saltada y una parte de la madera rajada.

Empujó la puerta llamándola. Nadie le contestó. Se asustó y fue la policía.

Le tomaron la denuncia y le dijeron que lo mejor era buscar un cerrajero.

La tía de la señorita Valle fue departamento por departamento del edificio y nadie había escuchado nada ni sabían nada de lo que había podido pasar. La tía volvió a insistir con la policía y consiguió que mandaran un coche patrullero. Anduvieron mirando en el departamento y se fueron enseguida.

Uno de los policías le dijo a la tía que no la buscara más, que tampoco siguiera preguntando y que dejara todo así, que era mejor para ella.

Hasta ahí, lo que sé.

La tía no volvió más.

Una noche, llegaron no sé quiénes y se llevaron todo lo que había en el departamento. Lo dejaron vacío. A los cuatro meses aparecieron dueños nuevos.

Yo pregunté, pero nadie supo decirme cómo se lo compraron a la señorita Valle si no estaba por ninguna parte.

Los nuevos dueños instalaron una puerta nueva, pintaron las paredes y pusieron el departamento en venta. Así fue que llegamos nosotros.

Se lo compramos a esta gente, de apellido Campes, tres meses antes que empezara el mundial. Por acá nadie vino a preguntar nada de ella. Usted es el primero.

Más no le puedo decir. No se moleste con los vecinos porque no vieron ni escucharon nada. Se pasan repitiendo eso. Nosotros nos enteramos de ella por el encargado, que se jubiló al poco tiempo que llegamos.

La verdad no sé qué pudo pasar. A mi marido, la inquilina que vivía acá al lado, en el «D», le dijo que la señorita Valle andaba metida en cosas turbias. «Algo habra hecho», le dijo.

Ya le dije, en el edificio nadie sabe ni escuchó nada. Y nosotros, sabemos menos que nadie. ¿Usted era pariente?

(Escrito en 1978 y publicado en 1985, un año y medio después de la caída del criminal régimen cívico-militar de 1976-1983, responsable de la desaparición forzada de treinta mil personas).

Un día se rompe la rutina

La señora Laura Bernárdez termina de tender las camas. Todas las mañanas, durante dieciocho años, las tiende. Una vez por semana las cambia, se encarga de lavarlas, ponerlas a secar, plancharlas y perfumarlas.

Su marido, el señor Manuel Bernárdez nunca notó que las sábanas, entre las que duerme todas las noches, están planchadas y con un suave aroma a jazmín.

La señora Bernárdez nunca se puso a pensar en eso. Hace lo que tiene que hacer, según fue educada desde niña.

Antes de casarse, tuvo un novio con el que anduvo un año, pero fue el señor Bernárdez el primer y último hombre con el que mantuvo relaciones sexuales.

Tiene treinta y ocho años y dos hijas que van a la secundaria en un colegio católico.

Con su marido nunca salen a ninguna parte, excepto para visitar a su madre o a los parientes del señor Bernárdez.

Para la señora Bernárdez, un bautismo o un cumpleaños en la familia es un acontecimiento. Esto ocurre tres o cuatro veces al año y le permite arreglarse, ir a la peluquería y comprar un vestido nuevo.

Por las tardes, la señora Bernárdez mira teleteatros mientras toma mate sentada en la mesa de la cocina.

Esta mañana, la señora Laura Bernárdez termina la limpieza de la casa y comienza a preparar la comida antes que sus hijas lleguen de la escuela.

Se da cuenta de que no hay suficiente aceite para freír. Mira la hora. Tiene tiempo de ir a comprar. Acomoda su ropa, pasa un cepillo por su pelo y sale a la calle.

Está cerrando la puerta. Escuchs la voz de un hombre.

—Entrá —le dice.

La señora Bernárdez gira la cabeza.

El hombre tiene un revólver.

—¡Entrá! —repite, dándole un empujón.

La señora Bernández da un paso dentro de su casa. El hombre la empuja con violencia y ella se cae piso.

Desde el suelo, ve que no era solo un hombre, sino tres.

Ninguno de ellos tiene más de veinte años.

La arrastran del pelo, la tiran sobra el sofá.

Dos de los hombres revuelven la casa. El otro la golpea en la cabeza y la cara pidiéndole que le diga dónde está la plata.

—En la cocina, en una lata —dice la señora Bernárdez.

Era su plata. Lo que sobró todos los meses de lo que su marido le da. Nadie más que ella conoce la existencia de ese dinero. No pensaba hacer grandes cosas con él. Podía ser un viaje con el señor Bernárdez. Los dos solos.

Los hombres encuentran la plata. También, cadenitas de oro y algunos objetos fáciles de vender.

Le sacan el anillo de casamiento y el reloj pulsera.

Ella no se resiste.

Uno de los hombres dice:

—Está buena. ¿Le damos?

El hombre que siempre estuvo a su lado comienza a manosearla. La señora Bernárdez trata de proteger sus pechos con los brazos.

Entre los tres le sacan la ropa.

Le dicen que no grite o le cortan la cara.

Le muestran un cuchillo.

Se queda quieta. Cierra los ojos. Siente a uno de los hombres mordiéndole el hombro y penetrándola con fuerza.

Huela su aliento. Tiene mal olor. El hombre se aparta y otro de los hombres se sube sobre ella y la penetra con más violencia que el anterior, como si quisiera dañarla. Le dice malas palabras. La mordisquea. Al fin, dándole un golpe en la cara, sale de encima de ella.

El último de los hombres la da vuelta. Está boca abajo.

Tiene un dolor muy fuerte. Grita. Le tapan la boca. Nunca le hicieron lo que le están haciendo. Le duele demasiado.

Los hombres se ríen, la insultan. Le meten sus penes en la boca. Uno de ellos suelta semen en su boca. Ella traga y está a punto de vomitar.

De repente, algo cambia. Ya no les interesa usarla.

La están atando.

Piensa que eso es bueno.

Si la atan es porque no tienen pensado matarla.

Eso es lo único que le importa: que la dejen con vida.

Los hombres se van.

La señora Bernárdez queda tendida en el suelo, atada, desnuda, golpeada, con heridas de mordeduras y sangre saliendo de sus labios.

Piensa en sus hijas. No tiene noción del tiempo. Desea que alguien llegue antes que ellas.

Se arrastra, tratando de llegar al teléfono.

Está muy dolorida.

No quiere que sus hijas la vean así.

De pronto, se queda quieta.

Otra vez, cierra los ojos.

Trata de no pensar en nada.

La señora Bernárdez está escuchando cómo sus hijas abren la puerta de calle.

El señor Crash

Esa noche, Robert Crash no podía dormir. La dosis habitual de ansiolíticos no le hizo efecto. Se levantó y comenzó a caminar por toda la casa. Tenía cincuenta y dos cuartos para recorrer.

A los setenta y dos años, el señor Crash tenía cincuenta mil millones de dólares.

Hizo buenos negocios empezando con un trabajo de cartero con el que pudo ahorrar cincuenta dólares con los que compró medias de mujeres y las revendió casa por casa, a medida que repartía las cartas.

Un año después, cuando cumplió diecinueve, era dueño de una fábrica de ropa interior femenina.

Lo demás le resultó sencillo.

El señor Crah tuvo dos obsesiones en su vida: ganar dinero y las mujeres. Tuvo sexo con más de setecientas, sin contar los seis matrimonios. Por supuesto que nunca duró más de un año con ninguna de sus esposas.

Ellas lo adoraban, aún después de separadas.

Cada una de ellas recibió una casa en Beverly Hills, cincuenta propiedades, cien millones de dólares y una renta mensual de trescientos cincuenta mil dólares.

El señor Crash era el hombre con el que toda mujer soñaba tener como ex esposo.

Era dueño de casinos, hipódromos, hoteles, restaurantes y más de cien empresas de las que no podía recordar a qué se dedicaban ni dónde estaban.

Se sentó en un sillón sin encender la luz del cuarto.

Pensó en lo que le estaba pasando.

Y se dio cuenta de lo que era. Estaba aburrido.

No había nada que no hubiera hecho.

Hasta leyó más de cinco mil libros, que tenía en su biblioteca y era un experto en arte. Su colección de más de noventa mil novecientas obras de pintura y escultura se encontraban en el Museo Crash de Boston.

Recordó que tenía una colección de armas. Se levantó del sillón y fue a buscar un revólver 500 Mágnum. Con esa arma no podía fallar. Le volaría la mitad de la cabeza.

Lo cargó, apoyó el caño contra la sien y, cuando estaba a punto de disparar, se le ocurrió una idea.

Con la misma alegría que sintió después de tener sexo por primera vez con Maggie Duncan, dejó el revólver y dijo, en voz alta y llena de firmeza:

—Voy a ser presidente.

Tomó el teléfono y llamó a su secretario.

Con la voz de un tipo que acaba de despertarse y no puede tener los ojos abiertos, Paul Carther dijo:

—¿Ocurre algo grave?

—Para nada. Decidí ser presidente.

Paul respiró hondo.

—Son las cuatro de la mañana, ¿tan urgente era decirme que va a presentarse en las elecciones del Club de Golf?

El señor Crash soltó una carcajada.

—¡Voy a ser presidente de los Estados Unidos!

—Buena suerte —le respondió Paul.

Estaba acostumbrado a las excentricidades del señor Crash, pero esta vez no podía mantener los ojos abiertos: el psiquiatra le recetó un sedante nuevo y realmente le hizo efecto: estaba groggy, como un boxeador golpeado en la mandíbula.

—Quiero que empieces ya mismo la campaña.

—Perdone, señor Crash, pero le recuerdo que usted no pertenece al Partido Demócrata ni al Republicano. Quizás se haya olvidado, pero la última vez que votó, y fue la única, lo hizo por Barry Goldwather, hace más de cincuenta años.

—No tiene importancia. Voy a ser presidente.

—Bien, bien. Mañana conversamos. Ahora mismo, comienzo a pensar en la campaña.

—Te espero en cuarenta minutos. Tenemos que organizar todo. ¿Cuándo empiezan las primarias?

—Creo que en cuatro meses.

—Sobra tiempo. Las ganamos y serás el secretario de Estado.

—Acepto el puesto. Mañana lo hablamos.

—Cuando gane la elección, recibirás doscientos millones de dólares como premio por dirigir mi campaña.

En cuarenta minutos, Paul Carther estaba en la casa del señor Crash comenzando a organizar la campaña.

En un mes el señor Crash fundó el Partido Simple. Las primeras encuestas le dieron el 0,2% de intención de voto. Después de invertir cuatro mil millones de dólares en publicidad, trepó al 8%.

Ganó la nominación contra Eneas Thompson, el gerente de una sus empresas de Carolina del Sur. Obtuvo el 100% de los votos porque hasta el mismo Eneas votó por él.

Tres días antes de las elecciones generales, los encuestadores le daban un nueve por ciento de intención de voto.

Se reían de él diciendo que solo era un viejo loco con mucho dinero. Al terminar las elecciones, el señor Crash resultó el ganador con el 61,8 %.

Las encuestas fallaron. Lo que no era normal.

Un mes después de jurar como Presidente, el Congreso había aprobado las seiscientas leyes que envió.

No tuvo ninguna oposición. Sobornó a todos los diputados y senadores con veinte millones de dólares para cada uno.

A los cuarenta que no aceptaron porque eran demasiado ricos, les dijo que mostraría sus fotos y videos en los que se los veía con sus amantes. Como todos los políticos tienen amantes, le creyeron. En realidad, no tenía ninguna foto y menos videos. Jamás le había interesado la política y ni sabía quiénes eran esos tipos.

Las leyes principales fueron: la de inmigración. Estados Unidos abría sus fronteras y podía ingresar quien quisiera. No era necesario presentar pasaporte ni documento alguno.

Bastaba que respondiera una pregunta que se le hacía:

«¿Es usted una buena persona?».

Si la respuesta era positiva, se le otorgaba la ciudadanía estadounidense de inmediato.

La ley de desarme: se prohibió el uso de armas y se ordenó la inmediata destrucción de todas, incluidos aviones y barcos de guerra, tanques, cañones, misiles, bombas, etc.

Es decir, en Estados Unidos no había una sola arma a los tres meses de llegar el señor Crash a la presidencia.

La ley de la decencia: cualquier persona que robara, sería sometida a tratamiento en una isla del Caribe durante cinco años. Recibiría cincuenta mil dólares mensuales para gastos y, una vez reformada, un empleo como mirador de árboles, estrellas, pájaros o animales.

Esto es: una vez al día la persona debía mirar un árbol durante una hora. Por el trabajo recibiría un sueldo de doscientos mil dólares anuales.

La ley del Hogar: todos los que estuvieran pagando hipotecas, dejarían de hacerlo. La casa ya era de ellos.

Los que no tenían casas, el Estado se encargaba de darles una de trescientos metros cuadrados y piscina, incluido, un perro de raza, si lo deseaban.

El ejército, la policía, las agencias de investigaciones fueron disueltas. Los miles de millones de dólares destinados a exploración espacial y al negocio de las armas fueron empleados para terminar con la pobreza. La tasa de desempleo fue 0 y la pobreza desapareció. No hubo más escuelas, college y universidades privadas. El Estado las compró todas. Los servicios de salud eran gratuitos y con servicios de excelencia.

Nadia pagaba seguro de salud y los medicamentos eran entregados gratis.

En dos años, Estados Unidos sextuplicó su población y era el país más feliz de la Tierra.

El señor Crash estaba decidido a llevar su proyecto al mundo entero. Organizó un viaje a países orientales.

Sin titubear y sin aceptar ningún consejo, fue directamente a hablar con las organizaciones guerrilleras más asesinas.

Según su estilo y mostrando su buena fe, subió a un helicóptero con la sola compañía del piloto.

Descendió en medio de la zona dominada por los más extremistas guerrilleros del planeta.

Se desnudó por completo, para que vieran que no llevaba arma alguna y como un símbolo de no tener nada que esconder.

Aparecieron tres hombres con túnicas y turbantes.

Tenían largas barbas negras y lo miraban con curiosidad.

Lo habían estado esperando, pero nunca imaginaron que lo haría solo y desnudo.

El señor Crah, como muestra de humildad igual que lo hizo el Papa con San Francisco, se puso de rodillas, abrió los brazos de par en par e inclinó la cabeza.

Uno de los hombres de turbante caminó hasta él.

Llevaba un cuenco con agua.

Con serenos movimientos, derramó el agua sobre la cabeza del señor Crash. Él sintió un estremecimiento.

El agua fresca lo refrescaba del intenso calor.

Sobre todo, sentía que le daban la bendición.

Lo había logrado.

Su pueblo y el enemigo se unirían para construir un futuro mejor en el que reinara la paz.

El hombre del turbante apoyó una de sus manos en la cabeza del señor Crash.

La empujó con suavidad, como si le pidiera que la inclinara un poco más.

El señor Crash percibió la ternura de la mano que lo tocaba y accedió inclinando aún más la cabeza.

Los dos hombres, a diez metros de distancia, comenzaron a filmar la escena.

El hombre del turbante junto al señor Crash sacó de abajó de su túnica una cimitarra.

Con un solo golpe, certero y preciso, le cortó la cabeza.

Por la CNN, millones de televidentes pudieron ver cómo el Presidente de los Estados Unidos había sido decapitado.

Después de su muerte, todo volvió a la normalidad.

En Estados Unidos echaron a los inmigrantes, asesinaron a unos miles de mexicanos; la gente pudo comprar armas de alto poder destructivo y la injusticia regresó mucho mejor, o sea: más injusta que antes.

En fin, todo fue como antes del señor Crash y todos pudieron seguir siendo drogadictos y alcohólicos.

Posibilidades

A través de la ventanilla podía ver la inacabable hilera de postes de electricidad extendidos a un lado de las vías del ferrocarril.

Más allá, los amarillos campos de maíz, extendidos por debajo del agónico azul del cielo que, como si le hubieran hecho un tajo, parecía derramar sangre sobre el horizonte.

En el vagón, casi despoblado, un hombre dormía con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento; una mujer leía un libro sosteniéndolo muy cerca de sus ojos; otro hombre tenía en la mano una botella de cerveza y tomaba tragos cortos.

Hacía calor. En el techo, los ventiladores giraban con lentitud.

Los panaderos flotaban en el aire, tocaban el piso y volvían a elevarse, como si tuvieran vida propia y no fuera el viento el que los impulsaba.

Sentía los párpados pesados.

El movimiento del tren y el rítmico sonido de las ruedas sobre las vías eran como una fuerza hipnótica que lo adormecía.

Se resistía a cerrar los ojos y dejarse arrastrar hacia lo inesperado de la pérdida de conciencia.

Necesitaba sentir el movimiento de sus dedos y verlos mover como animalitos jugando sobre sus piernas; dejar que sus manos sintieran el calor de las piernas y sus brazos, la humedad de las axilas.

¿Quién era él?

En su documento de identidad había un nombre y un apellido; un día, un mes y un año en los que había nacido.

¿Eso era todo?

Está sentado en un bar. Toma un café.

Mira el reloj.

Llama al mozo y paga.

Va al cine. Ya vio esa película. Saca la entrada. Hay una larga cola para entrar. Sigue de largo, sin ponerse en la cola.

Camina catorce cuadras. Llega al edificio. Tiene una llave de la puerta de calle. La usa. Sube en el ascensor hasta el noveno piso. Toca el timbre del departamento.

—Maxi, ¿pasó algo?

—Tengo que hablar con vos. ¿Estás solo?

—Sí, Carmela salió con unas amigas.

Saca el revólver.

—¿Qué hacés con eso?

Le pega un tiro.

Le tiembla la mano.

Guarda el revólver.

Revuelve la casa. Va al escritorio. Rompe un cajón. Se lleva la plata. En el dormitorio, abre un joyero y lo deja vacío.

Sale.

Está en la calle. Camina muy rápido. Toma un colectivo.

Vuelve al cine. Espera que salgan los espectadores.

Guarda su reloj en el bolsillo.

En la boletería, dice que perdió el reloj en el cine.

Las luces están encendidas. En un rato, comienza la próxima función. Un acomodador está pasando un escobillón, juntando papeles que tiraron. Otro, lo acompaña a revisar donde dice haberse sentado.

Da por perdido el reloj. Alguien se lo llevo, afirma.

Sale. En la playa de estacionamiento, entrega el comprobante. Se lleva su auto.

Cruza el puente. Tira el revólver al Riachuelo.

Llega a su casa.

Se baña.

Suena el teléfono.

—Estoy con dos amigas. Te hablo desde un teléfono público. ¿Pudiste hacerlo?

—Sí.

Carmela suelta aire con fuerza.

Hace un año que es su amante.

Ella propuso matar a su marido. Podían estar solos. Él se quedaba como único dueño de la empresa inmobiliaria y ella, del dinero depositado en el exterior y todas las propiedades.

Lo convenció.

El revólver lo compró en el mercado negro.

Los dos tenían coartadas.

Había matado a un hombre.

Era su amigo y socio.

La puerta del vagón se abrió.

El guarda pasó entre las filas de asientos hasta alcanzar la otra puerta.

Ve cómo el auto de su socio entra en la cochera.

Él es el amante de su mujer, Carmela.

Hubo cambios en ella.

Contrató a una agencia de detectives.

Le dieron la información.

Simuló ignorar lo que ocurría.

Los esperó, sentado en el bar de la vereda de enfrente del departamento de su socio.

Su socio es casado.

El departamento lo usa para llevar a sus amantes. La anterior fue una arquitecta. Ahora, es su esposa.

Entra al edificio media hora después que ellos.

Sube en el ascensor.

Llega al noveno piso.

Toca el timbre del departamento.

A través de la puerta, escucha música.

Vuelve a tocar el timbre.

La mirilla se abre.

Mira fijamente a la mirilla. Al ojo que está viéndolo.

La luz interior ilumina la mirilla.

El ojo acaba de apartarse de la miilla.

Pone su dedo en el timbre. No deja de hacerlo sonar.

Descorren el cerrojo. Hacen girar la llave en la cerradura.

Hay unos segundos de demora antes que la puerta se abra.

Mira a su socio a la cara.

Su socio no puede sostenerle la mirada. Agacha la cabeza.

Él entra.

El departamento es amplio. De un solo ambiente.

La cama tiene las sábanas desordenadas.

Ella está escondida en el baño.

—Carmela —dice en voz alta, bastante alta.

Ella sale del baño.

No tuvo tiempo de vestirse por completo.

Está descalza y despeinada.

Se queda mirándola. Luego, mira a su socio.

—¿Estás loco? —dice Carmela.

Acaba de sacar el revólver.

Le pega un tiro a su socio.

Carmela grita y corre al baño. Cierra la puerta con llave.

La mujer que lee el libro interrumpe la lectura. Gira la cabeza por encima del hombro, como si hubiera escuchado un ruido.

La conoce.

O cree conocerla.

¿Es su madre?

El hombre de la cerveza se pone de pie.

Va al baño. Regresa.

Se parece a su padre.

¿Es su padre?

¿Y el otro hombre? Ya no duerme.

Lo puede ver a la cara.

Es su amigo de la adolescencia.

Se ahogó en el rio.

Siempre lo recuerda.

Le molesta el estómago. Como si la comida le hubiera caído mal. Por la ventanilla, ve que anochece.

El guarda dice algo.

Se lo dice al mozo.

¿Qué hacen?

¿Qué le ponen en el pecho?

Tiene una convulsión.

Insisten con eso que le hacen en el pecho.

Vuelve a tener una convulsión.

¿Dónde está?

Siente frío.

Sin embargo, hace calor.

Por la ventanilla, sigue viendo el cielo claro sobre el campo iluminado por la luna.

A lo lejos, hay una casa.

Siente demasiado sueño.
No puede resistir más.
Sus párpados caen pesadamente.
A través de los párpados, sus ojos captan la luz.
Poco a poco, la luz disminuye.
El sueño lo vence.
Lo vence definitivamente.
Esta muerto.
¿Lo mató el marido de su amante?
¿O es el marido y lo mató el amante de su mujer?
Es lo mismo: está muerto.

El fuego

Vladislav Dumitrescu nació en Biertan, una ciudad de Transilvania, en Rumania.

Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero se cree que fue el 18 de diciembre de 1904.

Hijo de un sastre y una madre ama de casa, con seis hermanos varones y dos mujeres, desde pequeño mostró su vocación por a pintura.

A la edad de veinte años, emigró a París.

Con escaso dinero, se ubicó en un modesto cuarto en un edificio cercano al mercado de Châtelet.

Conoció a Tristán Tzara y, a través de él, a Marcel Duschamp.

Incorporado al grupo dadaísta y, luego, al surrealismo, Dumitrescu tuvo un breve romance con la fotógrafa Lee Miller, por entonces modelo y amante de Man Ray, al que abandonó.

A mediados de la década de 1920, Dumistrecu era reconocido como dibujante y grabador

La exhibición de sus obras en la Galería de Arte y Librería de Marie-Jeanne Bucher, recibió críticas positivas y la mayor parte de sus trabajos se vendió a buenos precios.

Como ocurrió con otros artistas, también él convirtió en su musa inspiradora a Alice Prin, famosa modelo conocida como Kiki de Montparnasse.

Ella posó para su pintura *L'autre*, que se encuentra en el Museo de la Orangerie, en París.

En 1935, se casó con la filósofa Anne-Marie Souvres, de la que una de sus hermanas, Elizabeth Souvres Schiller, se había radicado en Berlín, después de casarse con Herman Schiller, que se convertiría en un alto funcionario en la cancillería alemana del régimen nazi.

Al producirse la invasión alemana a Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, Dimitrescu y su esposa aceptaron al gobierno de Vichy y colaboraron de manera activa a favor de los alemanes. Al acabar la guerra, ambos fueron considerados traidores y condenados a muerte.

La amnistía decretada por el gobierno los salvó, pero tuvieron que radicarse en Suiza.

Elizabeth falleció en 1953, a los treinta y siete años, como resultado de un aborto.

Poco después, Dimitrescu regresó a París. Alcohólico y olvidado, trabajó vendiendo retratos dibujados en los cafés.

Sin amigos, ya que todos le habían dado la espalda, y en la miseria, fue encontrado muerto en un mugriento cuarto de un hotel de baja categoría, en Montmartre. Era el año 1957.

Vladislav Dimistrescu hubiera sido uno de los tantos artistas que poblaron París a comienzos del siglo 20 y que cayeron en el olvido, a no ser por el suceso que lo tuvo como protagonista.

Un suceso extraño y recién investigado en 1969.

La investigación la inició el periodista del Le Parisien, Lucien Duverger, que escribió un artículo basado en el relato de Pierre Gerald.

Los hechos

Dumitrescu fue decretado muerto por el doctor Émile Rousseau, que extendió el certificado de defunción el 26 de marzo de 1957; su cadáver fue trasladado al crematorio del cementerio de Montmartre.

La cremación fue realizada por los empleados Pierre Gerald, con treinta años de antigüedad, y Louis Dupont, de veintiocho años, que había comenzado a trabajar en el crematorio desde un año atrás.

Con los movimientos rutinarios, dejaron al cuerpo en la caja de cartón y quitaron el armazón de madera que la rodea. De ese modo, el armazón puede ser usado con otros cuerpos.

Mientras introducían al cadáver en el horno que había alcanzado una temperatura de 890 grados centígrados, Gerald y Dupont hablaban de la selección francesa que iría a Suecia.

Según el relato de Gerald, eran las 19 horas y treinta y cinco minutos cuando comenzó la cremación.

De espaldas al horno, mientras Dupont comía un sanguche de queso y Gerald bebía un trago de cerveza, en forma nítida se escuchó un sonido.

Los dos, se quedaron inmóviles.

Unos segundos después, escucharon el grito.

Luego, otro grito.

Se les paralizó la respiración.

Un escalofrío les corrió de la cabeza a los pies.

Giraron las cabezas, mirando el horno.

Con los ojos desorbitados, invadidos por el terror, volvieron a escuchar los alaridos.

Provenían del interior del horno.

Dominados por el pánico, corrieron afuera.

Los gritos desesperados, como aullidos de un animal, cesaron repentinamente.

Otros cuatro testigos, ubicados en un cuarto contiguo al crematorio, donde esperaban las cenizas de sus familiares, escucharon los gritos y se sintieron invadidos por el mismo pánico que asaltó a Dupont y a Gerald.

Se inició una investigación sumaria.

El resultado fue que Dumistrescu sufrió un ataque de catalepsia y fue dado por muerto de manera prematura.

Sin familiares ni amigos que presentaran una queja contra el médico, todo quedó en la nada.

Dupont y Gerald fueron transferidos a otras funciones en el cementerio, ya que se negaron a volver a trabajar al crematorio. Gerald contó que tenía pesadillas recurrentes.

Su mayor miedo era ser enterrado estando vivo.

Dumistrescu, dado por muerto, salió del estado cataléptico en el preciso momento en que las llamas comenzaban a consumir su cuerpo.

Sus gritos de horror y dolor solo se silenciaron cuando las llamas lo consumieron.

Vladislav Dimistrescu fue quemado vivo, en el cementario de Montmartre, en París.

A lo mejor, un domingo.

Pone el mantel azul sobre la mesa.

Pone las dos tazas de té.

Pone el budín y las galletitas de chocolate.

Pone la azucarera.

Enciende el grabador.

Suena música orquestal.

Está bien peinado.

La camisa planchada. Los zapatos lustrados.

Se sienta en el sillón hamaca, junto a la ventana.

Mira la gente y los autos que pasan.

El sol comienza a ocultarse. Atardece.

Siente sueño.

Se queda dormido.

Abre los ojos.

Por la ventana, ve que se hizo de noche. La música cesó. La cinta grabadora, acabó.

Se levanta.

Lleva las tazas y la azucarera a la cocina. Las guarda.

Las galletitas las mete en una lata que está en la alacena.

El budín lo cubre con un repasador. Lo deja en la mesada.

Levanta el mantel.

Lo dobla con prolijidad. Lo deja en un cajón.

Cada movimiento lo hace apoyado en el andador.

Su cadera nunca mejoró y no puede caminar sin él.

Se quita la camisa y el pantalón.

Se pone el saco del piyama.

Las medias las deja dentro de los zapatos, en una silla. Así están a su alcance, sin que tenga que doblar el cuerpo.

Se acuesta. Enciende la radio.

Mira la foto en la mesa de luz.

Están los tres: su esposa, su hija y él.

Recuerda a su esposa. Murió seis años atrás.

Ya está viejo. Se jubiló.

Cierra los ojos. A medida que vuelve a sentir sueño, piensa en lo que hará el próximo domingo.

Irá a la panadería a comprar un budín recién hecho.

Pondrá el mantel azul sobre la mesa, las tazas de té, la azucarera y las galletitas de chocolate. Dejará la pava con agua suficiente para llenar la tetera.

Pondrá música.

Se sentará a esperar.

A lo mejor, su hija no tiene otra cosa que hacer, se acuerda de él y que hace cuatro meses no lo ve. Y que él no puede ir a verla por su problema de cadera.

A lo mejor, el domingo, su hija lo visita.

A lo mejor.

Una especie de cuento de amor

Sabés que, aunque parezca mentira, Juan Carlos escribió un cuento de amor. Pará. En realidad, no es un cuento de amor como se dice de esas historias del chico con la chica, los contratiempos, y los etcéteras. Es un cuento que yo digo que es de amor. A ver qué te parece a vos.

Una pareja de recién casados se muda a un departamento a estrenar.

Por las ventanas del living y el dormitorio pueden verse las ventanas del living y el dormitorio del departamento de enfrente, que está en otro cuerpo del edificio.

Él ve que una pareja ocupa el departamento.

Ve que son muy jóvenes, como de su edad.

La ve a ella con el pelo largo y castaño.

La ve quedar embarazada.

La ve con el hijo y la hija que tiene.

La ve contenta cuando los hijos se reciben en la facultad.

La ve triste cuando los hijos se van a vivir solos.

La ve preocupada cuando el marido se enferma.

La ve llorando con amargura, como lloró él al morir su esposa.

Ve cómo los hijos la visitan muy de tanto en tanto, como lo hacen sus hijos.

La ve sentarse a la mesa y comer sola.

La ve sentada de una forma en que él y ella, de estar en la misma mesa, quedarían frente a frente.

Él se da cuenta de que, como él la ha visto durante todos esos años, así ella lo ha visto a él.

Él la vio joven y llena de vida, como ella lo vio a él.

Él la ve envejecida y solitaria, como ella lo ve a él.

Él la ve sentarse a la mesa mientras él se sienta a la mesa, a la misma hora, todas las noches.

Esta noche, la ve agachar la cabeza.

La ve llorar.

Ella escucha el timbre de la puerta.

Ella se seca las lágrimas con un pañuelo.

Ella va hasta la puerta. Mira por la mirilla.

Ella se acomoda el pelo.

Abre la puerta.

Con el plato de comida cubierto con una servilleta, él entra.

Un encuentro en una noche de lluvia

Está de pie, cerca de la ventana.

Llueve pero el calor no cede.

Ella está ahí, quieta, en una habitación en penumbras, viendo caer la lluvia.

Escucha los golpes en la puerta. Demora en reaccionar. Los golpes se repiten.

Abre la puerta.

Una mujer de cabellos desteñidos tiene toallas en las manos. Entra, acostumbrada al cuarto y a su trabajo de todos los días.

Va al baño y, apenas un momento después, sale acomodándose el delantal.

—El salón comedor ya está abierto —dice.

—No tengo hambre. Gracias.

—¿Comió en el tren?

La mujer parece pensar la respuesta.

—No. Creo que no como desde ayer.

—Me llamo Fernanda. Si quiere, puedo traerle algo de comer, más tarde.

—Estoy cansada. Necesito dormir.

La puerta está entreabierta. Fernanda la sostiene empujándola levemente hacia delante y hacia atrás.

En la mesa de luz hay una caja de pastillas.

—A mí me cuesta dormir —dice Fernanda—. Escucho la radio y pienso. Pienso demasiado. Por eso elegí el turno de la noche. Al menos, estoy ocupada. Aunque, usted sabe, es un pueblo y en el hotel no hay demasiado trabajo. La mayoría de los clientes son viajantes. Gente como usted viene muy de tanto en tanto. Pero, al menos, no estoy en mi casa. ¿Va a quedarse unos días?

—No sé. Es difícil que me quede.

Fernanda le mira las uñas. La mujer tiene uñas con forma de almendras, cuidadosamente esmaltadas.

—Yo tomaba las mismas pastillas —dice.

La mujer voltea ligeramente la cabeza, mirando la caja de pastillas.

—Tomé demasiadas —dice Fernanda, como si, de pronto, se hubiese sentido demasiado cansada.

La mujer se queda en silencio.

—Me tomé todas las pastillas. Una por una. Las fui contando. Son veintiocho. Mientras las tomaba sentía como si me fuera quedando sin nada, que no había nada en el mundo que fuera mío. La sensación se hacía más fuerte. Con cada pastilla me iba sintiendo más segura de estar completamente sola. Aislada. De pronto, me di cuenta de que estaba llorando. ¿Por qué lloro?, me pregunté. ¿Qué tengo para lamentar?

Se queda callada. Mira de reojo a la mujer.

El cuarto sigue en penumbras.

La luz llega desde el pasillo al cruzar la puerta entreabierta.

Las dos mujeres casi no distinguen sus caras.

—¿Por qué lo hizo?

Fernanda mira sus propias uñas, están descuidadas.

—No sé. O sí lo sé. No estoy muy segura. Hay que pasar por eso para saberlo.

Las dos mujeres no se miran.

—Quiero decir que hay que pasar por lo que se siente antes de hacerlo —agrega Fernanda.

—¿Y después?

—Abrí los ojos y todo había pasado. Me lavaron el estómago.

—No. Después.

Fernanda encorva los hombros.

—Todavía lo pienso. Me da miedo pensar. Ni siquiera tuve un hijo con él. ¿Usted es casada?

La mujer menea la cabeza.

—¿Está segura de que no quiere ir al comedor? La cocinera es buena.

—No tengo hambre.

—Más tarde me acerco, por si quiere que le traiga alguna cosa para tomar o comer.

—No hace falta que se moleste. Ya le dije, voy a dormir.

Fernanda mira la caja de pastillas.

—¿Quiere que me quede un rato para conversar?

—Voy a dormir. Estoy cansada.

—La dejo, entonces.

—Gracias —dice la mujer y, sin esperar que Fernanda salga de la habitación, vuelve a mirar por la ventana.

La lluvia cae con más fuerza.

Fernanda parece vacilar. Es como si no supiera lo que debe decir. Se decide a cerrar delicadamente la puerta.

—Cuando era chica, me gustaba caminar bajo la lluvia. ¿Por qué dejé de caminar bajo la lluvia?

Esto es lo que dice la mujer, mirando la lluvia y sintiendo a su alrededor el vacío de la habitación.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Sigue de pie, frente a la ventana, mirando la lluvia.

En nombre de la pureza

La invitó a cenar. Ella aceptó.

Después de la cena, la acompañó hasta la casa.

Lo invitó a entrar y tomar un café.

En la cocina, se acercó, la tomó de la cintura y la besó. Le acarició la espalda, buscó el largo cierre y lo abrió hasta la cintura. Ella lo empujó con delicadeza. Retrocedió un paso.

—No —dijo, con la voz un tanto ahogada.

Se subió el cierre.

Él no estaba acostumbrado a que una mujer lo rechazara.

Ella le dijo que era mejor que se fuera.

No estaba enojada. Otro día se verían.

Pensó que era del tipo de mujer a la que le gusta parecer difícil de llevar a la cama.

Ninguna mujer con esa cara y ese cuerpo podía no estar acostumbrada a que la quisieran desnudar en la primera cita.

Se acercó a ella. La besó simulando ternura. Pasó bastante tiempo besándola y tocándola.

Estaban en un sofá del living.

Cuando quiso quitarle el vestido, ella se lo impidió.

¿Qué pasaba?

Besos, abrazos, roces, todo valía, menos tener sexo en forma completa. La acostó sobre el sillón.

Subió sobre ella. Se movió sobre ella.

Ella respondió a su movimiento. Compartieron el mismo ritmo. Le desprendió el cierre. Le bajó el vestido hasta la cintura. Le quitó el corpiño. Repentinamente, ella se cubrió los pechos con los brazos.

Hizo un esfuerzo para separarse de él. Se puso de pie.

Otra vez, estaba vestida. Agitada. Parecía confundida.

—Soy virgen —dijo.

Podía esperar que le dijera cualquier cosa. Menos esa. Jamás se le habría ocurrido que una mujer de su edad podía seguir siendo virgen en este tiempo.

Por un momento, no supo qué decir. Luego, dijo:

—Tenés veintenueve años.

Ella movió la cabeza afirmando.

—¿Nunca estuviste con un hombre en una cama?

—No.

—¿Por qué?

—No sé. Decía que era virgen y se burlaban. No me creían.

—¿Es por religión?

—Soy católica. Pero no es por eso. No sé por qué. No puedo. Llego hasta ahí. Cuando sé que está por suceder, algo me pasa y reaccionó como recién.

—No es conmigo, entonces.

—No. Me pasó varias veces.

—¿Te da miedo?

—No sé qué es. Recién, quería. Y no pude.

Seguía sentado.

Se levantó. La abrazó.

La deseó con mayor intensidad.

Deseaba hacerle perder la virginidad.

Ser el primero que estuviera dentro de ella.

¿Inocencia?¿Virgen? Era para reírse. Una neurótica. Desde ese momento, no tuvo otro objetivo que penetrarla. Sabía que era indispensable ser cauto. Ir despacio.

Volvió a acostarla sobre el sofá.

De repente, la puso boca abajo. Ella quiso resistir. La sujetó con fuerza. Le bajó el cierre.

Ella sujetó el vestido, él se lo sacó rompiéndolo.

Le quitó el corpiño, la bombacha, las medias, los zapatos.

La dejó desnuda.

En todo momento, ella le pedía que no lo hiciera. Intentaba defenderse. Él era mucho más fuerte.

Se desnudó. Con una mano la sujetaba del cuello, impidiéndole que se diera vuelta o se moviera demasiado.

Cayeron al piso.

Ella estaba boca arriba. Lo mordió en el hombro. Le dolió. Lo rasguño en la cara. Él la golpeó en la cara.

Ella quiso gritar. Le tapó la boca con una mano y volvió a golpearla. El golpe fue con el puño sobre la cara.

A pesar de los golpes, ella se movía hacia uno y otro lado.

Trataba de escapar. Agitaba las piernas. Respiraba con violencia, chillaba.

No iba a escaparse. La retendría como fuera.

Ella consiguió cerrar las piernas, cruzarlas una encima de la otra. Él trató de abrirselas.

Ella se agarró de su pelo. Volvió a morderlo en el hombro. Él la golpeó, otra vez. El golpe le dio en la oreja.

Como si reuniera toda su energía y la empleara contra él, consiguió librarse.

Se levantó del suelo. Corrió a la cocina.

La siguió. La atrapó.

En el forcejeo, ella cayó al suelo.

Se puso entre sus piernas. Lo conseguía.

La penetró.

Fin de la idiota inocencia. Fin de la idiota virginidad.

Veintinueve años. Era este tiempo, no el siglo pasado.

Una histérica pidiendo a gritos que la penetraran.

Final. Era suya. Nadie lo consiguió. Él se había adueñado de ella. Se apartó de ella.

Quedo acostado en el piso de la cocina. Sonrió.

Ella se levantó de golpe.

¿Qué hacía?

Se sentó encima de él.

Vio el cuchillo.

Sintió que entraba en su vientre.

La vio levantarlo por segunda vez.
Lo clavó en él. De nuevo, en el vientre.
Ella se puso de pie.
Estaba muy agitada.
Lo miró con una sonrisa.
Él se tocó el estómago, el pecho.
Sangre. ¿Tanta sangre salía de su cuerpo?
Alcanzó a verla arrodillada junto a él.
Vio el cuchillo en dirección a su cuerpo.
Sintió la escupida en su cara.
Fue lo último que vio y sintió.

En nombre del honor

Estaba en un bar, leyendo *Mirando al sesgo*, de Slavoj Zizek.

La mujer se sentó en la mesa frente a él. La miró.

Tenía el pelo corto, una cara angulosa y bella.

Iniciaron una conversación. Se sentaron en la misma mesa.

Salieron juntos y caminaron un par de cuadras.

—¿Atendés por acá? —le preguntó ella.

—Sí. En el noveno piso de ese edificio.

—Me vendría bien un psicoanalista como vos.

—¿Hiciste terapia?

—Sí. Todavía voy. Pero no me refería a eso.

Lo miró a los ojos.

—¿Te dicen Maxi o Maximiliano?

—Maximiliano es muy largo. Casi nadie me llama así. ¿Nos vemos mañana?

Ella aceptó. Lo invitó a su casa. Llegó al quinto piso.

No alcanzó a tocar el timbre del departamento, ella abrió rápido, como si hubiera estado con la mano en el picaporte.

En las paredes había tapices artesanales. Carmela los hacía. Era su trabajo. Hacer tapices y decoraciones de interior.

Comieron sin dejar de hablar en ningún momento. Era una mujer inteligente. Terminaron de cenar y se sentaron en los sillones. Carmela sirvió vuisqui y café.

Él se sentó en un sillón y ella en el sofá. Tenía las piernas cruzadas. El vestido era corto y se veían sus piernas largas y atractivas. Tomaron el segundo wisqui.

Carmela se puso de pie. Se quitó el vestido dejándolo caer sobre sus pies. No llevaba ropa interior ni medias. Su pubis estaba por completo depilado.

Sin decir una sola palabra, caminó lentamente, con sus zapatos de tacos altos, hacia el dormitorio. Él la siguió como un perrito obediente.

La encontró en la cama. Era una cama tamaño rey cubierta con sábanas negras. Carmela no se había quitado los zapatos.

—Todavía estás vestido —dijo.

Él se quitó la ropa con bastante rapidez. Fue sobre ella.

—No. Despacio. Acostate. Así.

De una caja puesta sobre la mesa de luz, sacó unos pañuelos de cabeza de distintos colores. Le vendó los ojos. Le ató las manos a los barrotes del respaldo. Se quedó quieta. Él permaneció expectante.

No poder verla le producía una sensación de inseguridad, de estar indefenso. Ella tomó una de sus tobillos, lo ató hasta inmovilizarlo. Hizo lo mismo con el otro tobillo.

Lo acarició lentamente desde los pies hasta el pecho. Pasó la lengua por sus tetillas mientras su mano le acariciaba los testículos. La boca descendió por su cuerpo. La lengua lamió el pene desde la base hasta la punta.

Muy despacio, repitió el movimiento.

El pene estaba erecto. Ella lo introdujo en la boca. La mano se metió entre sus piernas. El dedo entró con lentitud en su ano. Hasta entrar por completo.

La sensación de estar sin defensa frente a ella, aumentó. Carmela se había adueñado de la situación.

Era su juguete. Algo que podía usar como quisiera. Estuvo a punto de pedirle que lo soltara. Que lo dejara ver. Recuperar sus manos. Tocar. Mover las piernas. No dijo nada.

La dejó que siguiera, que apoyara su vagina en uno de sus pies. Frotó la vagina sobre el pie. Sobre la pierna. Sobre el vientre. Sobre el pecho. Estaba arrodillada sobre su pecho. La escuchaba respirar. La escuchaba gemir.

Ella puso la vagina en su cara. En su boca. Se movió sobre su boca, sobre su lengua. No se detuvo hasta exhalar el aire con fuerza y acompañar el aire con un grito, como el de alguien que se desahoga.

Él esperó. Todo era confuso. ¿Qué estaba haciendo ella? Ya no estaba encima de él. ¿Lo había dejado solo?

—Carmela —dijo en voz baja, como si necesitara que ella le respondiera y saber que había alguien ahí.

De pronto, la vagina sujetó su pene. La vagina se abrió a medida que ella se movía haciendo que el pene entrara por completo. Él dejó que el placer le llegara como una brisa fresca en un día cálido, como el agua cuando se tiene sed. Le permitió

que lo hiciera sentir ese placer. Le permitió que hiciera lo que se le diera la gana con él.

Le costó escuchar los relatos de sus pacientes. Se distraía.

No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en la cama de Carmela. En eso que había experimentado. Entrar a un territorio desconocido. ¿Le daba miedo?

¿Qué es lo que le daba miedo? ¿Dejarse llevar hasta una zona más allá de su propio límite? ¿Cuál era su límite?

Nunca había estado con una mujer como ella. Todas sus relaciones anteriores fueron normales. ¿Normales? Sí, normales.

Relaciones en la que él y la mujer que lo acompañaba hacían lo que todos hacen. La misma clase de besos, de caricias, de posiciones en el coito.

Algunas veces, resultaba más excitante, más intenso. Otras, apenas era un conjunto de sensaciones agradables que desaparecían pronto y no dejaban huellas.

Despidió al último paciente. Quería estar con Carmela, pero se negaba a estar con ella.

Quizás, fuera una buena decisión no volver a verla.

Esperaría unos días para llamarla. Si ella lo hacía, le daría una excusa. Quería ir a su casa. Comprar comida. Mirar la televisión. Acostarse y ver una película. Limpiarse. Recuperarse. Ser el que siempre fue-

Durante cinco días, no la llamó. Tampoco lo hizo ella.

Estaba convencido de que era un desafío. Una competencia por el poder. El que llamara primero admitiría la derrota.

Necesitar del otro. Aceptar sus términos.

Al sexto día, estuvo seguro de que Carmela nunca lo llamaría. Si él no la buscaba, jamás sabría de ella.

La llamó.

—¿Estás en tu casa? —preguntó ella.

—No. En el consultorio. Un paciente canceló.

Ella hizo una pausa. Luego, dijo:

—Desnudate.

Él soltó una risita.

—Hablo en serio. Desnudate. Quiero que me digas paso a paso cómo lo vas haciendo.

La obedeció.

—¿Cómo se llama tu paciente más atractiva?

Vaciló antes de nombrarla.

—¿Cómo es? Quiero saber cómo es de la cabeza a los pies.

Se lo dijo.

—Tocate. Pensá en ella. ¿Qué harías con ella en una cama?

¿Estaba dispuesto a seguir el juego?

La voz de Carmela lo guiaba por un camino que deseaba recorrer. A la vez, deseaba detenerse. Correr. Escapar lejos.

La voz de Carmela. Ella hacía la historia.

Él y su paciente la protagonizaban.

No quiere que ella se detenga. Quiere escuchar más.

La voz de Carmela. Su mano. Su propia mano. Basta con la voz de Carmela. Él y su paciente. Ya no pudo contenerse.

Su mano estaba mojada. Se recuperó. Sintió vergüenza.

¿Lo estaban mirando? ¿Había ojos espiándolo?

Estaba desnudo, sucio, en su consultorio.

¿Y ella? ¿Qué había hecho ella? ¿Se había excitado?

¿O había estado pintándose las uñas mientras le hablaba?

Se lo preguntó. Escuchó su carcajada. Colgó sin despedirse ni arreglar una cita.

Mientras se vestía, estaba seguro de haber hecho el ridículo. Caer en el barro. Necesitaba bañarse. Quitarse el barro.

Durante una semana pensó la mayor parte del tiempo en ella. Lo atraía como un imán al alfiler. Se resistía. Hizo un tremendo esfuerzo para mantenerse fuera de su alcance.

Era una droga. Carmela se la había hecho probar. No podía controlarse. La necesitaba. La llamó.

Ella accedió. Lo esperaba la noche siguiente.

Todo el día estuvo invadido por la ansiedad.

Las horas parecían pasar demasiado lentas.

No prestó ninguna atención a lo que decían sus pacientes. En las pausas que ellos hacían, se limitó a decir algunos lugares comunes de la terapia.

Diez minutos antes de la hora de la cita, tocó el timbre del portero eléctrico. Subió en el ascensor.

Las manos le transpiraban, sentía las axilas mojadas.

Ella abrió la puerta. Tenía un body transparente y adherido al cuerpo. Lo besó en la boca con intensidad. Él sintió el calor de su boca. Sintió cómo una pierna se metía entre las suyas y, con un leve movimiento contra el pantalón, tocaba su pene. Se apartó de él. Había servido dos copas con champán. Le dio una. Ella la tomó de un solo trago. Él la imitó.

Se quitó el saco y la corbata. Quiso abrazarla. Ella no lo dejó tocarla. Con el dedo índice señaló el resto de la ropa que llevaba puesta. Entendió. Se quitó todo. Quedó desnudo.

Ella encendió un cigarrillo de marihuana. Lo tenía preparado. Aspiró y se lo dio. Hacía mucho que no fumaba. El cigarrillo fue de uno a otro, hasta quedar un puchito insignificante que ella dejó que se consumiera solo en el cenicero.

La arrinconó contra una pared.

La tocaba y la besaba embargado de una violenta excitación. Ella había puesto los brazos extendidos por encima de su propia cabeza y lo dejaba hacer.

Como si hubiera dejado que un niño jugara un rato y pudiera interrumpirlo cuando se lo propusiera, le dijo:

—Basta.

Él se quedó de rodillas.

Había estado entre sus piernas, lamiendo.}

Ella lo empujó con el pie. El taco del zapato dejó una marca rojiza sobre su pecho.

Quedó acostado en el suelo del living.

Ella le puso un pie sobre el pubis. Levantó el pie. Le pisó los testículos. Él soltó un grito débil.

Ella continuó pisándole los testículos. Sintió el dolor.

Un dolor que llegaba al límite de lo insoportable. El dolor le daba un placer distinto a todo lo que conocía.

Quería que el dolor no se detuviera.

Goce y dolor. Un taco en sus testículos.

Carmela retiró el pie. Tomó la botella de champán. La volcó sobre él. Se puso de rodillas. Lo hizo girar. Ponerse boca abajo. Introdujo la botella en su ano. Le dolió. Ella metió todo el cuello de la botella en su ano. Lo sacó.

Sacó el cinturón del pantalón que él dejó tirado.

Rodeó su cuello con el cinturón.

—¡Caminá, perrito! —dijo, sujetando el cinto.

Caminó en cuatro pies por toda la habitación.

Después de esa noche, decidió tomar un descanso con los pacientes. Canceló todas las consultas por una semana.

Necesitaba saber qué estaba pasando con él.

¿Cómo había llegado a tolerar la humillación? ¿A ella la excitaba humillarlo? ¿O la humillación respondía a una necesidad de poder, de ser más que él, de tenerlo dominado? ¿Por qué se lo permitía?

Era como si Carmela hubiera descubierto lo más escondido de su ser. Eso le molestaba. Lo hacía sentirse débil.

Nadie sabía demasiado de él. Mantenía cierta distancia con todos. Extendía los hábitos de su profesión a todos los aspectos de su vida.

Una mujer lo había violado. Había puesto a la luz sus rincones más oscuros. No quería estar a la luz. Debía regresar a la oscuridad. A esconde lo que era de él. ¿Cómo podía borrar todo lo que había pasado?

Si ella desapareciera, no habría testigos de lo que él era en realidad. Una puerta se había abierto.

Tenía que cerrarla con llave y nunca más abrirla.

Fue a casa de Carmela. Lo esperaba. La luz estaba apagada. Dos velas eran la única iluminación. Estaba desnuda.

Se encargó de desnudarlo. Hizo que la siguiera al dormitorio.

Había un hombre desnudo acostado en la cama. Se detuvo. Ella se acostó al lado del hombre. Le tomó el pene. El hombre le acarició los senos.

—¿Venís o vas a mirar? —dijo ella.

Se puso a un costado. Carmela quedó en medio de ellos. Se sintió excitado. La excitación crecía a medida que la besaban y la tocaban entre los dos y ella los besaba y los tocaba.

Ella le tomó la mano. Llevó la mano hasta el pene del hombre. Hizo que lo sujetara. Hizo que se acercara al hombre, que su boca fuera hacia el pene. El pene entró en su boca. Ella pareció satisfecha.

Él quedó boca abajo. Ella le separó las piernas.

El hombre subió sobre él. Lo penetró.

Ni siquiera se atrevió a contarle a su analista supervisor.

Estaba decidido a dar fin a todo.

En dos días, reiniciaría las consultas con sus pacientes.

Necesitaba despejarse. Ser el que siempre fue.

¿Qué fue? ¿Quién era él? ¿Aquel o este?

Era un psicoanalista respetado. Tenía una hija a la que veía poco después del divorcio. Eso haría: acercarse a su hija. Arrimarse a la pureza de la niña.

Llegó temprano. Carmela tendría algo preparado.

No la dejó besarlo. La tomó de los brazos. La inmovilizó recurriendo a toda su fuerza. Había comprado unas esposas.

Le puso los brazos en la espalda y colocó las esposas en sus muñecas. Ella parecía sorprendida.

La llevó a la cocina. Abrió los cajones. Encontró dos cuchillos. La empujó. Cayó al piso.

Su cabeza se golpeó. Hizo un gesto de dolor.

Tenía un pequeño corte en el cuero cabelludo. Se sentó encima de ella. Apoyó un cuchillo en su cuello.

¿Ella tenía miedo?

Con el otro cuchillo le cortó la ropa. Puso la punta de uno de los cuchillos sobre su pecho, en medio de los senos. Sonrió.

Comenzó a cortarle la piel. Ella dio un grito.

Buscó una servilleta. Se la metió en la boca.
La cortó muy despacio. En todo el cuerpo.
Puso el cuchillo en la garganta de Carmela.
Le cortó la yugular.
Se puso de pie.
Respiró hondo. Poco a poco, se sintió calmado.
Pensó que volvía a ser el que siempre fue.

Una mujer, unos momentos

día de bodas

Siente sobre su cuerpo la fina tela del vestido blanco.

Ve el reflejo de las luces sobre el empeine de los nuevos y lustrados zapatos negros de Daniel, su flamante marido.

Huele sus propias manos, impregnadas del aroma del buquet de flores. Percibe en su lengua y su paladar el sabor del primer sorbo de champagne que probó en su vida.

Siente su cuerpo bajo la tela del vestido blanco.

Siente una intensa alegría.

Siente que está a punto de descubrir algo nuevo en ella.

Siente en sus labios la sonrisa, amplia, franca, dichosa, que se forma sin que ella se lo proponga.

Siente que el mundo se ensancha y ella va hacia los horizontes más lejanos.

Imagina que se encuentra en las vísperas de su entrada en el esplendor que la aguarda y que la acompañará el resto de su vida. Todo el pasado fue un túnel que la condujo a la luz radiante del sol de una bella y eterna mañana eterna.

Todo mal desaparecerá para siempre y solo quedará el imperecedero aroma de la felicidad.

¿Esto le había sucedido a ella? ¿Qué tenía que ver todo eso que sintió y vivió esa noche con lo que pasó después?

una muñeca

Bety, Bety, Bety. Duerme con Bety. Le arregla el largo cabello rubio. Lo trenza atándolo con cintas rosas. La viste y la desviste. Le habla contándole historias que inventa. Bety.

¿Hay alguna otra cosa que quiera tanto como a Bety?

Sin embargo, se olvidó de Bety.

¿Cómo pudo olvidarse de Bety?

¿Cuántas veces la acunó en sus brazos y la hizo dormir?

Acostada, Bety cerraba los ojos y los abría al levantarla.

¿La regaló o, simplemente, la tiró a la basura después que se rompió el mecanismo que abría y cerraba sus ojos y se desengancharon sus brazos movibles?

Había abandonado a Bety.

La había querido tanto y no se había acordado de ella durante infinitos años.

«Nunca fui buena», pensó.

Ahora, es una mujer casada, con dos hijos pequeños, que está en un living frío y extraño para ella.

Es una enorme casa, en alguna parte, unas personas hacen cosas que no le importan.

Esas personas pueden ser su marido, sus hijos o su mucama.

¿Qué tienen que ver con ella?

En el living, hay música.

Ella puede sentir la música sobre su piel, recorriéndola, convirtiendo su cuerpo en una playa, un bosque, una montaña.

La música es lo único que la hace sentirse parte del mundo que la rodea o que la aleja, aún más del mundo que la rodea.

La música la convierte en lo que desea ser, en lo que soñó ser antes de que alguien la arrojara como una piedra al fondo de un abismo.

La música le hace sentir que no cae, que no hay abismo, que todo lo que está sucediendo en su vida es una pesadilla de la que tiene que despertar.

Bety. Bety.

Cuando despierte, Bety estará a su lado, con la cabeza apoyada en la almohada, los ojos cerrados.

Tendrá que despertarla y Bety abrirá sus ojos azules.

Entonces, sabrá que la pesadilla llegó a su fin.

Sensaciones

Enrique le toca los pechos por debajo del corpiño. Los toca con brusquedad.

Ella lo deja hacer.

La excita frotarlo por encima del pantalón y sentir cómo el pantalón se moja en la bragueta.

Le gusta acostarse en el sofá con las piernas abiertas y que él se ponga encima y se mueva de manera frenética hasta soltar un sonido semejante a un quejido y lo que oprime su pelvis se afloje con lentitud.

Sin importar lo que quiere para sí misma, nunca le permite que la toque por debajo de la bombacha y, menos aún, que se la quite para hacer lo que ella sabe que él desea.

Enrique y su familia se mudan a Córdoba. Ella llora un poco y empieza a pasar el tiempo con Daniel.

Él hace lo mismo que Enrique, ella actúa del mismo modo.

Se acuesta en el sofá, con las piernas abiertas y se mueve al mismo ritmo que él.

Se deja sacar un pecho fuera del corpiño y le hierve la sangre cuando él lo pone en la boca chupándolo.

Cree que todos los novios hacen lo mismo. Es un juego que se abandona después del matrimonio.

Confiada en la fuerza de su virginidad, llega a saber que, por esa virginidad, puede tener a un hombre de rodillas. Descubre que haciéndole creer es capaz de todo por él no lo fortalece, sino que lo debilita. Lo hace débil y ella lo tiene en su poder.

Basta con llorar, simular dolor, para que él se debilite más.

¿Cuál es el poder de un hombre? Ese poder no existe.

Los hombres imaginan tenerlo.

Ella sabe que puede decidir lo que quiera; él hará, tarde o temprano, lo que le pida.

Al fin está desnuda.

Daniel sube sobre su cuerpo.

Entra en su cuerpo.

Ella ve por la ventana la luz de las últimas horas de la noche, una luz tenue y plateada. Imprevistamente, él suelta el aire por la boca de una forma brusca y exagerada.

Ella se queda quieta. Algo más debe pasar ahora.

Espera que algo suceda.

Él se retira de ella y queda boca arriba. ¿Eso es lo que debía ocurrir? ¿Toda la espera fue para esto que acaba de suceder en menos de cinco minutos? ¿Esto es todo lo que él le dará?

Es su noche de casamiento.

Está desnuda en la cama de un hotel.

A su lado, Daniel Freixas, su marido, respira con fuerza contra la penumbra.

Ella se siente desilusionada, como si acabara de entender que, de aquí en adelante, nunca será feliz.

tacos altos

Es una niña y tiene los pies metidos en los zapatos de tacos altos de su madre.

Camina bamboleándose, apoyándose en los muebles.

Se siente distinta. Como si los zapatos la hubieran convertido, mágicamente, en mujer. Mujer. Eso quiere ser, para tener un par de zapatos como estos.

Ahora, cuenta los pares de zapatos. Son cincuenta y seis.

Cincuenta y siete con los que lleva puestos.

El ruido de los tacos en el suelo la anuncia, anuncia a una mujer. Ella.

Algo cambia en ella cuando sus pies entran en los zapatos de tacos altos, como si se robusteciera su sensualidad.

Una mística comunión entre ella, la mujer y los zapatos de tacos altos.

¿Cómo se conoce a una mujer, sino por sus zapatos?

Zapatos de maestras, de oficinistas, de infieles, de prostitutas, de madre de viejas, de ricas, de secretarias, de sirvientas, de adolescentes.

¿A qué tipo de mujer pertenecen estos cincuenta y siete pares de zapatos de taco alto?

el cansancio

El cansancio la oprime, como un día de intenso calor. No es un cansancio físico, pero se refleja en su cuerpo.

Necesita descansar, dormir.

Despertar y que todos hayan desaparecido: su marido, sus hijos. Estar sola. Lejos. Muy lejos y libre. Por sobre todo, anhela su libertad. Romper los lazos que la ciñen por el cuello quitándole la respiración. ¿Cómo escapar?

Lo imagina y se da plazos para cumplir lo que se promete. Se irá tan lejos como pueda. Basta con una valija y un pasaje. También algo de dinero.

¿Y después?

Amantes

Escucha los pasos detrás de ella.

Pone las tazas de café sobre la bandeja.

Deja de sentirse ansiosa.

A sus espaldas, está Martín.

Siente sus manos tomándola de la cintura.

En su oído, la respiración de Martín es la de alguien intensamente tensionado.

Tiene un sentimiento de compasión o, tal vez, de burla: el hombre que parece tan seguro de sí mismo, parece un adolescente a punto de besar por primera vez a una mujer.

Ella gira. Sus labios se rozan sin que sus narices encuentren la ubicación adecuada. Al fin, la lengua de Martín entra en su boca. Es distinta a la lengua de su marido. El sabor es distinto,

el modo en que esa legua se mueve dentro de su boca es distinto. Él la toma de los pechos y los acaricia con suavidad. Ella pone los brazos alrededor de su cuello y lo besa con tanta intensidad que siente dolor en los labios. Ese dolor le agrada.

De pronto, siente el deseo de que él llegue más lejos, mucho más lejos. Desea que la penetre.

Desea sentir su pene metido en su vagina, quiere que su vagina arda con ese pene metido en su interior.

Martín se detiene. Le acaricia la cara.

Con una voz suave, desconocida para ella, le dice:

—Vamos a tomar el café frío.

Ella sonríe. Él también.

Salen de la cocina, uno después del otro.

Martín parece un tanto desencajado o confundido. Como si al atravesar la puerta de la cocina hubiera recordado el mundo en que vive.

Ella tiene ganas de contarle todo a la mujer de Martín.

el descubrimiento

Martín tiene prioridades.

Ella no es una de esas prioridades.

Al descubrirlo, advirtió que, dentro suyo, algo se había quebrado irremediablemente.

Lo esperó en el bar.

Martín no llegó. Ya encontrará un excusa para justificarse.

Ella termina de entender que entre los dos solo hay sexo.

¿Existe alguna otra cosa entre un hombre y una mujer?

Sale del bar.

Es una tarde nublada y fría.

Ella está calmada.

Tiene la sensación de haberse quitado un compromiso de encima. De aquí en adelante, todo es claro: sexo.

¿Para qué torturarse con celos o esperas ansiosas? Sexo. ¿Y por qué solo con Martín?

Cualquier hombre es lo mismo.

Cruza la calle, suena la bocina de un automóvil. Ella gira la cabeza. Un hombre, sacando la cabeza por la ventanilla, le dice algo. No entiende lo que le dice, pero sonríe y camina despacio. El auto gira en la esquina. Ella sabe que dará la vuelta a la manzana. Se detiene frente a una vidriera. Le parece que pasa demasiado tiempo. En realidad, no fueron más que unos minutos. El coche vuelve a aparecer. Se detiene. Lo ve reflejado en el vidrio. Se queda quieta.

Puede entrar al negocio y borrar todo. O darse vuelta y caminar en dirección al tránsito, permitiendo que el auto pueda seguirla junto al cordón de la vereda y escuchar lo que ese hombre tiene para decirle.

Después, ¿qué hará?

¿Subirá al coche?

Ve su propio reflejo en la vidriera.

Lleva el tapado abierto.

La pollera le marca la cintura.

Respira ligeramente excitada.

Está a punto de tomar una decisión.

Decisiones

—Podrías estar contenta alguna vez —dice Martín.

—No tengo motivo.

—¿No te interesa nuestra relación?

Ella suelta una carcajada.

—¡No seas ridículo! ¡Cada día te volvés más patético!

Él empieza a vestirse.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta la verdad?

—No sé qué querés decir.

—Que tenemos una relación de mierda.

Martín siempre se muestra seguro.

Ella necesita destruir esa seguridad.

Destruirlo a él.

Le dice:

—Sos uno más desde hace mucho. No podrías imaginar la cantidad de hombres con los que me acosté. Uno de esos tipos

me confundió con una puta y, cuando subí al coche, me preguntó cuánto cobraba.

Martín se viste deprisa. Le falta anudar la corbata.

—La mitad de esos tipos son mucho más que vos en la cama. La otra mitad se cree tan viril como vos y son unos pobres diablos con un pene del tamaño del tuyo y que apenas se les para. Como a vos.

—¡Basta!

Se pone el saco.

—Un tipo me hizo arrodillar en el piso. Me la puso en la boca, apretó mi cabeza y me hizo tragar todo su semen. Después, me acostó boca abajo y me la metió tan profundo que grité y le pedí por favor que la sacara. Él siguió dándomela cada vez con más potencia, como si quisiera traspasarme. No le importó que me doliera. Lo excitaba hacerme doler. Con él me acosté muchas veces. Me gustaba tragarle el semen y me cogiera por el culo.

Ve a Martín apretándose los labios. Lo ve tratando de mantener la compostura.

—Otros, también, me la dieron por atrás. Ni esa virginidad me hiciste perder. Me la sacó un tipo que conocí en la calle.

—Estás loca.

—¡Me das asco! No valés nada. Ni vos ni tu mujer ni las basuras de tus hijos. Los jodés a todos y te da lo mismo.

El golpe lo recibe en plena cara. Ella cae sobre la cama. Está mareada durante unos segundos. Se recupera.

—No servís ni para cagar a palos a una mujer.

Martín tiembla de pies a cabeza.

Ella se siente satisfecha.

Lo puso en el lugar en que quería ponerlo. Y al fin, consigue su propósito de convertirse en lo peor de este mundo y caer de cabeza en el infierno.

el tren fantasma

Está viviendo como si se hubiera subido al tren fastasma en un parque de diversiones y aparecieran monstruos asustándola.

Hace mucho que dejó de tener un alma sencilla

Su alma está despechada y reclama venganza. Alguien debe pagar por el dolor que siente.

Sigue teniendo pesadillas.

¿Las tiene soñando o en la realidad?

Comenzó a emborracharse.

El alcohol le hace bien.

Estando borracha, el mundo se hace pedazos, como si una mano moviera las piezas de escrabel desarmando las palabras.

Ella puede formarlas a su gusto.

Después, siente la boca reseca, llena de una saliva espesa y mal aliento; el estómago con una sensación de vacío y náusea. Eso es lo que le queda: un sabor nauseabundo en la boca. No

es nada distinto de lo que vivió con su marido, con Martín y los otros tipos.

Está sola. Bebe en silencio, con la vista fija en el piso.

Todas las ideas que tenía sobre el amor y el matrimonio quedaron rotas.

Todo para lo que había sido preparada, no existe.

Todo lo que aprendió, no sirve.

Este mundo no es más que una alucinación.

¿Dónde está el mundo en el que creyó vivir?

Acaba de vaciar el vaso.

la reposera

Es de noche.

En el cielo hay estrellas y una media luna.

Ella, en camisón y descalza, sale al jardín.

Hace más frío de lo que pensó.

El rocío humedeció el césped.

A medida que camina, percibe el frío en su cara y el frescor del rocío mojándole los pies.

Se recuesta en una reposera.

¿Y si un pájaro de inmensas alas blancas la capturara llevándola hasta la cima de una montaña y todo se convirtiera en un cuento de hadas?

Su marido se fue de viaje. Sus hijos durmieron en casa de sus amigos. Le dio franco a las sirvientas.

Está sola.

En voz alta, dice:

—Nunca vi una ardilla. Una ardilla real.

Luego, dice:

—Nunca me gustó mi nombre: Susana.

Tiene llena la copa de vuisqui.

Una a una se toma todas las pastillas del frasco.

Con el cuchillo se corta las venas desde el interior del codo hasta la muñeca.

Cambia de mano.

En la otra muñeca hace tres cortes.

Suelta el cuchillo.

Vacía la copa de vuisqui.

Y espera.

Embrollo

—¿Qué te pareció lo de Kika?

Teté es la editora principal de una editorial importante y la mejor amiga de Kika. Se conocen desde chicas,

—Es un embrollo —le respondí.

—El tema lo investiga hace un año. Leí algunas notas. La versión definitiva te la di para tener una opinión objetiva.

—Escribió unas treicientas carillas noveladas. Hay unas fotos que, supongo, querrá agregar al texto.

—Si son imprescindibles, está bien. De lo contrario, no porque se encarece la edición.

—Las considero imprescindibles. Lo que cuenta es raro.

Teté me dice si quiero otro café. Está en mi casa. Me visita todas las semanas.

Vivimos juntos cinco años. Hace dos que nos separamos. Somos muy buenos amigos. Teté dice que es mucho mejor así. Estoy de acuerdo. Hasta el sexo con ella es mejor de esta forma.

Acaba de volver con los cafés.

—Leeme algo de lo que hizo Kika.

—Hice un resumen de unas veinte páginas.

Se acuesta a lo largo del sofá. Se saca los zapatos.

—Te lo leo —le digo.

—Más bien. ¿No ves que estoy en posición de oyente?

Teté es graciosa. Acaba de cumplir treinta y está preocupada por las patas de gallo.

Me acomodo en el sillón frente al sofá. Abro la carpeta. Leo.

Entre Elortondo y Casilda, al sur de Santa Fe, se encontraba colonia Williams.

En los inicios del siglo veinte, poco antes del Centenario de Mayo, llegó al país el ingeniero Thomas Hart Williams.

Era un hombre alto y delgado, de treinta y cinco años, que había sido contratado por la empresa cerealera Tomkinson.

Hizo estudios sobre tierras en Rufino, Hugues y Melincué. Cuando llegó a Casilda, conoció a Blanca Escobar, entonces casada con Antonio Paso, dueño de un campo y del almacén de ramos generales.

Blanca se había casado a los quince con un hombre treinta años mayor.

Eran pocas las ocasiones en las que salía de su casa. Antonio Paso era en extremo celoso y no permitía que Blanca saliera, sino en su compañía.

Por lo general, paseaban en el sulqui o visitaban a la vieja señora Paso, que había quedado paralítica al caerse de la escalera de su casa.

En esos años de matrimonio, Blanca perdió la alegría y la energía de la juventud. Se la veía pálida, ojerosa y con una extrema delgadez.

Su marido vendía el cereal de sus campos a la Tomkinson y la llegada de Williams le pareció importante.

Estaba convencido de que relacionarse con él le permitiría mejorar las ganancias.

Paso era un hombre de campo, sin cultura y con pocas ideas. El mundo que conocía no iba más allá de algunas leguas y solo había visto algo diferente en los dos viajes que hizo a Rosario.

Paso tenía otra mujer, Amalia Ruiz, que trabajó como sirvienta en la casa de sus padres y con la que se inició sexualmente.

Los padres de Paso la echaron cuando quedó embarazada, pero Antonio nunca dejó de visitarla en una casa muy modesta que, con el tiempo, compró en las orillas de Casilda. Con ella, tuvo tres hijos varones y dos mujeres.

Se hacía cargo de los gastos básicos: comida y carbón.

Sus hijos caminaban descalzos y Amalia tenía que esforzarse para comprar tela y hacerles la ropa.

A medida que fue perdiendo la belleza, Antonio tomó distancia y apenas la visitaba una vez al mes.

Amalia nunca le hizo reclamos. Era una mujer acostumbrada a los sufrimientos y las carencias.

Cuando Antonio Paso se casó con Blanca, no le hizo ninguna pregunta ni jamás la nombró en su presencia.

Por más de veinticinco años, fue una concubina silenciosa y resignada que no recibió un centavo y de la que nadie se acordó al morir Paso.

El menor de sus hijos murió en la epidemia de viruela y el chico fue enterrado sin cajón y sin que el cura le diera la extremaunción por ser hijo ilegítimo.

Blanca conocía la relación de su marido con Amalia desde antes de casarse. Una tarde, cebando mate, preguntó:

—¿Tenés esa mujer por amor o por gusto?

Antonio hacía cuentas en un cuaderno; las interrumpió y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Es la última vez que te metés en mi vida. ¿Entendiste?

Blanca se sintió humillada. Pero, en el fondo, no le importó que su esposo tuviera una amante. No lo quería

Se había casado con él porque su padre lo pidió.

José Escobar tenía un buen campo y llevaba varios años de cosechas favorables. A pesar de esto, su situación económica estaba muy complicada por el vicio del juego.

Escobar pasaba la mayor parte de las noches en el club jugando al monte por sumas muy elevadas.

Hizo malas inversiones, tomó créditos bancarios y llegó a estar cerca de la quiebra.

Jugando a los naipes, Antonio Paso, le ganó una fortuna. Escobar se levantó, fue al baño.

Regresó al salón. Pidió una caña en el mostrador y se acercó a la mesa de juego.

Puso una mano sobre el hombro de Antonio Paso.

—Tengo que hablarle a solas —le dijo.

Se los vio sentarse en una mesa apartada, junto a la pared.

Conversaron en voz baja.

De pronto, Antonio Paso se echó para atrás.

En su cara apareció un gesto de sorpresa.

Esa reunión duró cerca de treinta minutos.

Nadie supo de qué hablaron. Sin embargo, no fue difícil imaginarlo. Quince días después, en forma imprevista para todos los del pueblo, se anunció el compromiso de Antonio Paso con Blanca Escobar.

A los dos meses de comprometerse, se casaron. Paso le perdonó a Escobar la deuda que tenía con él y se hizo cargo de pagar a sus acreedores.

Tres años más tarde, Escobar había contraído una deuda aún mayor. Le pidió ayuda a su yerno. No la recibió.

Por muy poca plata, Paso se quedó con el campo de Escobar y la casa familiar.

A sus suegros los mandó a Córdoba para trabajar como caseros en una estancia cercana a Río Cuarto.

La muerte de Paso cambió por completo la vida de Blanca.

Paso no estaba enfermo y siempre mostró ser un hombre vigoroso, trabajador y duro.

Como todos los días, a las seis de la mañana, Antonio subió al sulqui para ir al campo. No llegó.

Lo encontraron muerto en el carro.

El caballo iba al tranco, a unas leguas de Elortondo.

Cuando la anoticiaron, Blanca se quedó con la boca cerrada. Nadie, que se sepa, la vio llorar.

Carmen Rivero era muy amiga de Amalia Ruiz y fue la que le dio la mala nueva.

Amalia se desplomó sobre una silla y lloró con amargura.

Me detengo y tomo un poco de café.

—Viene tipo historia de amor para el mercado femenino.

—Se hace más complejo.

—Dale, segui.

Paso heredó el campo de su padre, al que mataron de una cuchillada. Lo mató un tal Flores, de Melincué, nunca se supo muy bien por qué.

A los cuatro años, Antonio Paso quedó huérfano de padre y heredero de unas seiscientas hectáreas que un tío se encargó de administrar.

Desde los doce, trabajó en el campo y ganó más dinero con el que compró otras setenta hectáreas y el almacén de ramos generales. Toda esa fortuna se agigantó al pasar a sus manos lo que pertenecía a los Escobar.

Su muerte dejó a Blanca, de veintiún años, en una posición económica sólida y de las más importantes de Casilda.

El padre de Blanca le escribió diciendo que viajaría para ayudarla con el campo.

Blanca le prohibió acercarse y le recordó que, de ella, era una parte y la otra pertenecía a la vieja señora Paso. Cuando la carta llegó a manos de su padre, ya todo era de ella.

La vieja señora Paso apareció muerta en la cama y a nadie le llamó la atención porque estaba muy deteriorada. Nadie lamentó el hecho.

A los seis meses de enviudar, Blanca se casó con el ingeniero Williams y así se formaría Colonia Williams, a cuarenta leguas de Casilda, en el campo que fuera de Paso.

Por unos quince años, la colonia creció.

Williams supo organizar el trabajo e ideó construir casas, la mayoría bastante precarias.

En los principios del año veinte, había ciento diez casas ocupadas por familias de inmigrantes italianos.

Williams compró más tierras y la propiedad superó las mil quinientas hectáreas. También abrió otro almacén de ramos generales y un boliche.

Los colonos recibían entre cincuenta y setenta hectáreas, a las que trabajaban por su cuenta a cambio de un alquiler.

Blanca tuvo dos hijos con Williams.

Ellos estudiaron la primaria en Venado Tuerto. Al terminar, fueron enviados a Buenos Aires a estudiar el secundario en el colegio Don Bosco.

Veían poco a su madre, incluso en época de vacaciones. Europa. Tres años seguidos, Williams y Blanca viajaron a Europa

dejándolos a cargo de Ana Sijorski, una rusa que se había convertido en una especie de ama de llaves.

Ana era una mujer de cultura. Sus conocimientos se destacaban en medio de un ambiente formado por personas que, en su mayoría, no sabían leer ni escribir.

Nadie sabía cómo llegó a la zona.

Se contó que Williams la contrató en Pergamino y, también, que era una prostituta a la que Williams sacó de un burdel de Rosario pagando un precio por ella.

La Rusa, como todos le decían, hablaba correctamente el castellano y, además, dominaba el inglés y el francés. Leía libros de viajes y la apasionaba la poesía.

No se le conocía relación con hombre alguno y, aunque era difícil calcular con precisión su edad, posiblemente comenzara a trabajar con Williams teniendo unos veinte años.

Eso ocurrió a los dos meses del casamiento de Williams con Blanca, quince años antes, de modo que no podía ser una mujer mucho mayor de treinta y cinco años.

Se dijo que era la amante de Williams y dirigía la casa a su voluntad, aún por encima de la autoridad de Blanca.

Williams y La Rusa eran respetados por todos en la colonia.

No pasaba lo mismo con Blanca.

La consideraban una madre poco apegada a sus hijos, una viuda que no respetó el tiempo de duelo y una mujer con trastornos nerviosos, a la que se la veía hablando sola en su jardín.

—No está tan mal. Hay amantes, una mujer comprada, otra mujer de pasado oscuro, un poco de locura, unas muertes medio raras. Viene a lo novelón —dice Teté y acomoda un almohadón bajo su nuca.

—Me reservo los comentarios.

—Metele. Sigo escuchando.

En 1925, encontraron muerto a Williams.

Tenía la cabeza destrozada por una perdigonada de escopeta. Salió a cazar perdices y el arma se disparó en forma accidental.

A nadie se le ocurrió que Williams se hubiera suicidado.

No tenía ningún motivo. Era rico, importante, estaba casado y tenía dos hijos.

Un mes después de la muerte de Williams, La Rusa estaba al frente de todo. Tanto de la casa como de los negocios. Era una mujer capaz y sabía cómo administrar.

El estado mental y anímico de Blanca la había sumergido en un mundo aparte, como si fuera incapaz de soportar el peso de la realidad.

Blanca permaneció encerrada en la casa, se dijo que de Rosario le traían medicinas que le calmaban los nervios y que dormía gran parte del día porque estaba dopada.

Los abogados que La Rusa contrató en Buenos Aires se encargaron de arreglar la herencia que recibiría Blanca y sus hijos.

Al final de la sucesión, la fortuna de Blanca se triplicó.

Para agravar su estado y continuar la cadena de desgracias, su hijo Domingo se cayó a un pozo ciego.

Blanca estuvo unos meses en cama y, al vérsela de nuevo en el jardín, daba la impresión de estar dominada por una fuerte depresión.

Estaba flaca, demacrada la cara, como si hubiera envejecido veinte años.

Dejó la casa de Colonia Williams y volvió a Casilda.

Su otro hijo la visitaba de tanto en tanto y era un muchacho poco amoroso con su madre, seguramente, por lo muy poco que había recibido de ella.

La Rusa, que lo había criado y educado, se llevaba bien con él y recibía de su parte muestras de afecto, como si la considerara más madre que a la propia.

Al año de la muerte de su hermano, el muchacho enfermó de gravedad y murió en una semana.

Blanca sufrió una depresión profunda y dijeron que quiso suicidarse dos veces.

Por ese entonces, muchos estaban convencidos de que Amalia Ruiz tenía mucho que ver con los males de Blanca.

La acusaban de haberle hecho un daño y esta idea se vio fortalecida cuando una sirvienta encontró trapos ensangrentados, atados y enterrados en el jardín de Blanca.

Por las razones que fueran, Blanca vendió todos sus bienes y desapareció por completo.

La Tomkinson compró Colonia Williams y, con otros compradores, terminaron por desmantelarla.

Los colonos se fueron a Elortondo y Santa Isabel; unos pocos se quedaron en Casilda. trabajando para la Tomkinson.

La Rusa también se fue y nunca se supo ni una sola cosa de ella. Algunos aseguraron que se había ido con Blanca y se encargaba de cuidarla y manejarle el dinero.

En realidad, nadie sabía demasiado. Las vidas de Blanca Escobar y de La Rusa fue un misterio para los vecinos de Casilda.

Teté interrumpe y dice:

—No sé si le hicieron un daño ni si se lo hizo Amalia Ruiz. No niego que puede ser. No era normal lo que le pasaba a Blanca. Ya sé que no creés en estas cosas, sin embargo, podés reconocer que es raro. Dos maridos muertos en pocos años. Dos hijos que se mueren en circunstancias extrañas y la yapa de una suegra muerta. Parece una maldición.

—Cuando aparecen los trapos con sangre, hacía muchos años que Paso había muerto. Amalia Ruíz nunca se metió con Blanca y no lo iba a hacer después de tanto tiempo. No digo que no pudiera haber alguno que la odiara. Blanca creía en las brujerías y muerta de miedo, vendió todo y se fue. Esto, seguro, benefició a alguna gente.

—Yo tampoco creo que Amalia Ruíz le hiciera un trabajo. Era una buena mujer.

—Ahora, vas a enterarte de la parte más complicada y, te diría, casi inexplicable, de la historia.

Diez años después que Blanca y La Rusa desaparecieron de Santa Fe, Eduardo Del Valle formó parte de una comitiva comercial que viajó a Londres.

Había tenido cierta amistad con Williams y conocía a Blanca.

Lo invitaron a una cena en casa de sir Oliver Faithfull.

No hubiera sido más que otra noche de conversaciones formales, a no ser por un hecho que dejó perplejo a del Valle.

En el momento de las presentaciones, lady Faithfull, con una amplia sonrisa, lo saludó en un perfecto castellano.

Del Valle demoró segundos en reconocerla.

Era Blanca Escobar, la mujer que conoció en Casilda.

El paso de los años no la había afectado y mantenía el rostro fresco y los ojos llenos de brillo.

En Londres, la conocían como lady Susan, de manera que del Valle se limitó a preguntarle cómo dominaba a la perfección el castellano y lo pronunciaba con muy poco de acento inglés.

Ella le respondió que sus padres eran uruguayos, como ella. Su padre había sido designado en la embajada uruguaya en Inglaterra y, cuando sus padres regresaron a Uruguay, ella se quedó para completar sus estudios.

Viajó algunas veces a su país, se casó con un uruguayo, enviudó y se radicó en Londres al casarse con Oliver Fairthfull.

Había sido amiga de su esposa. Ella enfermó y, al enviudar, Fairtfull le propuso matrimonio.

En los días siguientes, Del Valle averiguó sobre Blanca.

Nadie sabía demasiado de ella ni de su primer marido.

Se conectó con Mariano Layoude, al que conocía de jugar al polo, y que ocupaba un puesto en la embajada de Uruguay. A él no le fue difícil conectarse con la gente apropiada y rastrear el acta matrimonial de Faithfull hasta averiguar el apellido de soltera de su mujer. Era García Solano.

En la embajada uruguaya, años atrás, había trabajado Heriberto García Solano, que participó como esgrimista en las Olimpiada de 1928.

Esto pareció terminar con la posibilidad de que Blanca fuera la señora Faithfull. Sin embargo, Del Valle no quedó convencido.

La semejanza con la mujer de Williams era asombroso y, a pesar de las pruebas, siguió convencido de que se trataba de una sola mujer.

¿Por qué razón cambiar su nombre?

No parecía tener sentido.

Del Valle retornó a Argentina y comentó entre sus amigos lo que le parecía poco común.

Ellos dijeron que no se trataba más que de una casualidad. Además, era bastante sencillo confirmar la identidad de la señora Fairthfull. Bastaba con encontrar a algún conocido que supiera de los García Solano.

Emilio Albacete era uruguayo y contó que se trataba de una familia muy conocida, propietaria de campos y dedicados a la crianza de caballos pura sangre. No sabía mucho más, pero apenas viajara a Uruguay, se enteraría de otros detalles.

Un mes después, Emilio Albacete se encontró con Del Valle.

Le dijo:

—Te juro que me corrió un escalofrío cuando me lo contaron. Es increíble, pero tenías razón. La hija de los García Olano murió a los veintitrés años de meningitis. No sé de qué forma, la esposa de Faithfull tomó su nombre y apellido. No puedo imaginar que sea por otra razón que la de ocultar algo terrible en su vida. Nadie cambia su identidad si no es por una causa de extraordinaria importancia.

Desde que Del Valle se enteró de la usurpación de identidad, se obsesionó con el caso.

Tenía dinero, relaciones e influencia como para tener acceso a diferentes fuentes de información.

Comenzó por investigar todo lo que se conocía sobre Colonia Williams y sobre el ingeniero Williams.

Continuó con la familia Paso y, finalmente, con los familiares de Blanca Escobar.

Así, pudo enterarse de que, en Córdoba, aún vivía José Francisco Escobar, el hermano menor de Blanca.

Se encontró con él en Villa María, donde trabajaba como mayordomo de una estancia perteneciente a Marcos Tiglio.

José Francisco poco y nada sabía de su hermana.

De lo que estaba enterado era lo que ya sabía Del Valle.

Se convenció de que el único modo de llegar al fondo de la cuestión era a través de la propia Blanca y viajó a Londres.

Cinco días después de haber llegado a Inglaterra, el cadáver de Del Valle fue encontrado flotando en el Támesis.

La policía inglesa consideró que se había tratado de un accidente. Del Valle recibió un golpe en la cabeza, que no lo mató, pero que lo dejó inconsciente, no pudo ofrecer resistencia al agua y murió ahogado.

¿Cómo recibió el golpe? ¿Lo asaltaron? ¿Resbaló?

Scotland Yard no se tomó demasiadas molestias. Apenas las necesarias como para dejar satisfechos los requerimientos de la embajada argentina sobre el asunto.

—Tenés razón. Es un embrollo. ¿Kika tiene pruebas de que esto fue así? —dice Teté y levanta una pierna flexionando el pie hacia abajo y hacia arriba.

—Hay muchos documentos, entrevistas que hizo, fotos que sirven de apoyo a la veracidad de la historia.

—¿Será verdadera? Más bien, parece una novela. Kika siempre quiso escribir una. Puede que se haya basado en dos o tres hechos reales y el resto lo inventó. ¿Qué querés que te diga? Ese cambio de identidad no me lo trago. Blanca no tenía necesidad de hacerlo. No había hecho nada malo.

—Es cierto. No creo que Blanca haya hecho nada grave. Por lo menos, no tanto como para tener que cambiar de identidad con una mujer muerta.

—¿Entonces?

—Del Valle no se encontró con Blanca Escobar, sino con Ana Sijorski, La Rusa.

Teté se levanta en silencio.

Vuelve con más café.

Pregunta:

—¿Se encontró con La Rusa?

—Sí. No hay dudas. Kika encontró una foto que le tomaron junto a su marido. La de la foto no era Blanca, sino Ana Sikorski.

—Estoy perdida. ¿En qué momento La Rusa la sustituyó? ¿Y para qué?

—Desde el momento en que la mató.

—Pará. No se entiende nada.

—Voy a ser breve y claro. Te lo resumo.

Teté tiene cara de estar muy atenta.

—Ana Sijorski, La Rusa, era argentina, su madre, polaca. Ella y Blanca tenían un gran parecido físico. La Rusa no era una empleada común, era la amante de Williams. Y algo más: la madre de sus dos hijos.

—Esto es un manicomio —interrumpe Teté.

—Blanca no podía tener hijos y no pudo tenerlos con Paso, aunque él los quería. Cuando La Rusa quedó embarazada, para

evitar las habladurías, Blanca aceptó pasar por la madre. Por eso se la veía distante de los chicos y se la consideraba una mala madre. El problema fue la enfermedad mental de Blanca, que la llevó a cometer actos horrendos.

—¿Cuáles?

—Mató a la vieja señora Paso, envenenándola con cianuro y a su marido, de un tiro de escopeta. Blanca lo mató, Lo cargó en el carro y lo tiró en el campo, con la escopeta al lado. A los hijos de Williams y La Rusa los envenenó.

—¿Envenenó a esos muchachos?

—Así es. La Rusa lo sospechó cuando su hijo apareció en el pozo ciego. Es posible que Blanca golpeara en la cabeza al muchacho, lo arrastrara hasta el pozo y lo lanzara al fondo. Con la muerte de su otro hijo, ya no tuvo dudas y supo que la próxima sería ella. Blanca nunca estuvo deprimida. Lo simuló. En realidad, era una psicópata. Hizo creer que era una víctima. Y terminó siéndolo. La Rusa la mató.

Tomo un poco de café y sigo.

—Ocultó el cadáver. La suplantó en los trámites sucesorios, lo que a nadie le llamó la atención porque era ella la que se encargaba de todo. Además, los abogados que se encargaron eran de Rosario y nadie conocía personalmente a Blanca. Una vez que se hizo con el efectivo de las ventas de todos los bienes, viajó a Londres. Por esta razón, la familia de Blanca nunca supo nada más de ella. Estaba muerta.

—¿Y por qué fue La Rusa a Londres?

—Era el mejor lugar. Estaban los Williams, que la creían la viuda de su familiar. Estaría cobijada, podría iniciar una nueva vida, disfrutar del dinero. La muerte de algunos integrantes de la familia Williams fue una coincidencia. Nada que tuviera que ver con el caso. El problema fue la llegada de Del Valle y las investigaciones que inició. La Rusa era una mujer decidida y lo mandó a matar. Esa es la historia. Si tenés alguna duda, podés mirar las fotos de Blanca y de La Rusa. Son mujeres casi idénticas. La mujer de Londres es La Rusa, no Blanca.

—¿Dónde están las fotos?

De un cajón del escritorio, saco dos fotos.

Se las doy.

—¿Me estás jodiendo? —dice

—¿Por?

—Esta es la misma mujer con vestidos distintos. ¿Las dos tienen un lunar en el costado izquierdo de la nariz y usan en el cuello la misma medalla de la virgen?

—Te dije que el parecido es asombroso.

—Sos un boludo. Inventaste todo.

—El parecido es asombroso hasta en los detalles.

—En las fotos, las dos son jóvenes y tienen el mismo anillo de casamiento. ¿La Rusa no era soltera?

—Se había casado con un anarquista húngaro al que fusilaron en el penal de Usuhaia.

—Mirá vos. ¿Y de dónde sacó Kika toda esta historia?

—La madre de Kika es la nieta de La Rusa. Ella se la contó.

—¿No había tenido dos hijos varones que murieron solteros y sin hijos?

—Uno de ellos tuvo una hija con la ecuyere de un circo. La Rusa nunca se enteró de que tenía una nieta

—¿Y cómo se enteró Coca, la madre de Kika de ser nieta de La Rusa?

—La ecuyere se lo dijo. Y esta parte es increíble. Lo mejor de todo el libro.

Teté se pone los zapatos, abre la puerta y con cara de culo, me dice:

—Sos un pelotudo. Me tuviste más de un hora contando un flor de bolazo. Vos y Kika se pueden meter el libro en el culo.

—No supiste apreciar la historia.

Teté no pudo escuchar lo que dije.

Había cerrado la puerta.

El original de Kika seguía en el cajón donde lo dejé sin leer.

Todavía tenía la carpeta en la mano.

Adentro, había unas veinte hojas en blanco.

En fin, a mí no me pareció tan mala la historia. ¿O si?

Una chica anda haciendo cosas

Tomaba un café en La Ópera, de Corrientes y Callao.

Una chica golpeó el vidrio de la ventana. Para en la vereda, movía la mano saludándolo con una sonrisa. Le respondió el saludo. No sabía quién era.

La chica entró. Caminó con mucha seguridad hasta su mesa.

Era rubia, usaba jean, zapatillas, una remera y una campera liviana de color azul.

—¿Cómo le va, profesor?

—Bien. ¿Y a usted?

—Bien, como siempre. Me siento unos minutos. No se preocupe que no me roba tiempo.

—Disculpe. ¿Es mi alumna en la universidad?

—No. ¿De dónde sacó esa idea?

Vaciló antes de responderle.

—Se me ocurrió. ¿De dónde la conozco?

—Recién me vio del otro lado de la vidriera. ¿Se acuerda?

Lo hizo sonreír.

—Tiene razón. Suele fallarme la memoria.

—No se preocupe. Es común. Hay gente que lleva colgado un papelito con su nombre y la dirección de su casa.

—No creo que sea necesario en mi caso, por ahora. Por favor, repítame su nombre.

—No se lo puedo repetir porque no se lo dije.

—Si me lo hubiera dicho, ¿cuál sería?

—Suelen darme muchos nombres. Depende.

—¿Y con qué nombre nació?

—Puede llamarme Devi.

—¿Es un diminutivo?

—Póngale, así se queda tranquilo.

—¿Le pido un café?

—No, gracias.

—Dígame en qué puedo ayudarla.

—Usted no puede ayudarme en nada. Y no preciso ayuda de nadie. Vine para ayudarlo a usted.

A la chica le faltaba un tornillo, pero lo divertía.

—¿Usted quiere hablar de algún tema?

—Como le parezca. Me adapto a cualquier conversación.

No había sido un buen día para él. De repente, una desconocida lo había hecho cambiar de humor.

—Vea, Devi, supongo que por alguna razón se sentó a conversar conmigo.

—Es bueno suponiendo. Conocí a millones de suponedores como usted. Siempre dicen: «Debe ser por alguna razón».

—Espero que me diga cuál es la razón para que está acá.

—Quería hablar con ustes sobre un asunto personal.

—Por favor, cuénteme.

—Cuénteme usted.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Usted sabrá. Es usted el que quiere hablar conmigo.

Ella lo miraba sin dejar de sonreír.

—A ver si entiendo, alguien le dijo que un señor de mi edad la esperaba en este bar para conversar con usted.

—No. Usted me dijo que queria hablar conmigo.

—¿Yo? ¿Cuándo? Es la primera vez que la veo.

—Cuando yo iba caminando por la calle.

—No entiendo.

—¿Qué quiere entender?

—Lo que dice. Usted es muy joven. ¿Cuántos años tiene?

—Miles de millones.

Él vuelve a sonreír.

—Le daba dieciocho o diecinueve.

—Hasta acá envejecí. Me quedé así como me ve.

Antes que la chica llegara se sentía deprimido. Ahora, se estaba divirtiendo, aunque no entendía nada. Excepto que ella estaba medio loca.

—¿Vive con sus padres?

—No tengo padres, del tipo que usted conoce. Vivo sola.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—Perdió a sus padres.

—Se pierde un aro o un zapato. No se pierde a un ser. Nadie es dueño de otro. Excepto los esclavitas y no es el caso.

—Muy interesante lo que me hace notar.

Ella deja de sonreír. Sin dejar de mirarlo a los ojos, le dice:

—Profesor, anoche lo escuché. Hace un rato, pasé frente al bar, pero no lo vi. Después, lo escuché, me di vuelta y acá estoy. Usted quiere hablar conmigo.

Se queda en silencio. Parece hablar en serio.

—Creo que tiene buena voluntad. Se la ve una chica inteligente y simpatica. Pero le aseguro que no puedo entender qué quiere comigo.

Ella respira hondo, suelta el aire con fuerza y, bajando la voz, le dice:

—Anoche, lo escuché.

—¿Qué escuchó? Yo también vivo solo. Pudo escuchar la música. ¿Vive en mi edificio? A lo mejor, me oyó hablando solo. Pero las paredes de ese tipo de edificios antiguos son gruesas. Tienen que ser muy fuerte los ruidos para que alguien escuche algo.

Ella menea la cabeza. Con una leve sonrisa, sin dejar d hablar en voz baja, le dice:

—Usted nunca lloró frente a nadie.

Demora en responderle.

—¿Me lo está preguntando?

—Sé que es así. Anoche lo escuché. Cuando iba por la calle, volví a escucharlo.

—¿Qué escuchó?

Casi susurrando, le dice:

—Su llanto. Y lo que quiere.

Se queda perplejo.

—No lloré anoche ni hoy.

Ella entorna los párpados.

—Profesor, sentí su dolor. Escuché su llanto. ¿Comprende?

Él está desconcertado por completo.

—Si me habla claro, la voy a entender.

—Profesor, hace días que piensa hacer algo. En este momento, escucho su llanto.

—No estoy llorando.

—Su ama llora, profesor.

Él queda como congelado.

—Usted me llamó anoche y hace un rato. Antes que lo saludara por la vidriera, ¿en qué estaba pensando usted?

El profesor se queda en silencio. La mira a los ojos.

Ella sonríe.

—Profesor, vine a decirle que el momento en que pase a buscarlo será dentro de muchos años, más de los que imagina. Hasta ese momento, viva y alégrese. Su vida está escrita desde los comienzos del tiempo. Nadie puede cambiar lo que está decidido desde los comienzos del tiempo.

—Entiendo lo que me dice, pero no entiendo qué quiere decir con que me pasará a buscar dentro de unos años.

Ella no deja de sonreír.

—Profesor, usted está enfermo, pero se curará por completo. Anoche, usted se quiso suicidar. Las pastillas no le hicieron efecto. Créame. Yo decido cuándo debo llevarlo conmigo.

—Usted habla como si fuera…

—Profesor, no tenga miedo. ¿Sabe por qué pasé por aquí? Tenía algo para hacer. Puedo estar en todos los sitios del mundo en el mismo instante. Así ha sido y así será. Lo tengo que dejar, profesor. Debo hacer algo. Y sáquese el peso de encima. Disfrute la vida que le dieron, no es para que la desperdicie andando amargado todo el tiempo y con feos pensamientos.

Él no sabe qué decir.

La ve cruzar la calle. Al llegar a la vereda opuesta, un hombre, a tres metros de ella, cae al piso.

Ve al hombre caído. A la chica ya no la ve.

El mozo sale a la puerta.

En uno minutos, llega una ambulancia.

El mozo entre y sale varias veces.

El profesor llama al mozo.

—¿Qué pasó?

—Un señor tuvo un ataque. Murió.

El profesor demora en reaccionar.

—¿Vio a la chica rubiecita que estaba conmigo? Me preocupa, es muy jovencita y justo cruzó la calle. Estaba al lado de ese pobre hombre.

—Perdone, pero no vi a la chica.

—Estuvo sentada conmigo.

—Disculpe, debí estar distraido. Siempre lo vi a usted solo.

Para disimular, el profesor dice:

—Estuvo un par de minutos. Es una alumna de la facultad.

—No se preocupe. Las chicas de hoy se arreglan bien solas.

El profesor sonríe.

—Es cierto. Y le aseguro que esta mejor que ninguna.

Piensa en la chica.

Se da cuenta de que ya no se siente angustiado.

Se siente contento.

Muy contento.

Acaba de entender.

Con un tipo que se dé cuenta

La hamburguesa

—¿Cuánto tiempo duerme un caballo?

—No tengo idea —le contesté.

Acababa de conocerla. Nos presentó Martina.

Éramos un grupo que, dos o tres veces al mes, nos reuníamos para comer, jugar algunos juegos y charlar toda la noche.

Cloe se adaptó enseguida. Era muy bonita, con un largo cabello rubio, delgada, de estatura mediana y aspecto un tanto frágil que se contradecía con su seguridad al hablar.

—Alrededor de cuatro o cinco horas. El resto del tiempo está alerta. ¿Sabías que sueñan?

—La verdad que no.

—Hacen ruidos, a veces, relinchan dormidos. Tienen una gran sensibilidad. Captan lo que sucede alrededor. Se dan cuenta de lo que siente su jinete: si está deprimido, asustado, con algún enojo. Son muy leales y, seguro, el más noble de todos los animales. ¿Sabés por qué te digo todo esto?

—Porque sabés de caballos.

—No. Te lo digo porque la hamburguesa que estás comiendo está hecha con carne de caballo.

Me sonreí. Ella no.

—¿Y cómo sabés que es carne de caballo?

—Por el olor. La carne de vaca huele distinto.

No sabía si estaba bromeando.

Muy seria, dijo:

—No es nada raro. A mucha gente le gusta. En el siglo 19, en Francia, abrieron carnicerías en las que se vendía carne de caballo. ¿Cuál es la diferencia entre comerse una vaca o un caballo? La carne de caballo es muy parecida a la de ternera.

—El caballo es otra clase de animal.

—Y sí. Me di cuenta.

—Quiero decir que es como decís, está domesticado, convive con el hombre.

—Las vacas también.

Llevó su hamburguesa a la boca y comió otro pedazo. Pero no era una hamburguesa. Entre los dos panes, había tomate, lechuga y alguna otra cosa que no pude ver.

—Entendí. Sos vegetariana.

—No soy asesina ni cómplice de los asesinos. El que mata a un animal es un asesino. El que no lo mata, pero se lo come, es un cómplice.

Me quedé callado. Ella soltó una carcajada.

—Así se arruina una comida. Dale, seguí comiendo. No tengo la menor idea si tu hamburguesa está hecha de carne de vaca o de caballo.

Hice un gesto.

Lo entendió. No fue necesario decir nada.

—Era una broma —agregó, poniendo cara de angelita.

—¿Puedo comer tranquilo?

—Comé y sé feliz.

Terminé la hamburguesa.

Ella se levantó. Antes de ir al baño, dijo:

—Es carne de caballo. Te comiste la parte del culo.

La experta

—¿Tu amiga conoce algo de animales?

Martina me contó que Cloe era bióloga, experta en etología y psicología experimental. Hablaba siete idiomas, había hecho estudios muy importantes sobre conducta animal en Nueva Zelanda y Madagascar.

Tenía veintisiete años, estaba en Bahía para trabajar como profesora en la universidad y hacer un trabajo sobre la fauna patagónica. Yo también era profesor en la universidad, pero en la facultad de letras. Por supuesto, ella era una experta en la vida de los caballos.

—¿De verdad que distinguís la carne de vaca de la de caballo por el olor?

—Cualquier cocinero sabe si es carne de pollo o pescado lo que está en el horno.

—Tenés muy buen olfato. No entiendo cómo llegaste a saber cómo huele la carne de caballo asada, sino la comiste.

—Sé cómo huele la carne de caballo cocida de la misma manera que vos sabés cómo huele la mierda, aunque nunca la comiste con mostaza.

Me miraba a la cara, miraba mis manos, mis rodillas. Parecía estar estudiando mi actitud corporal.

O era lo que yo imaginaba.

La verdad es que no estaba muy seguro de lo que hacía una etóloga y psicóloga experimental.

Por hablar de algo, le pregunté cuánto tiempo llevaba sin comer carne.

—Mis viejos me inculcaron el asesinato de animales como forma de vida. Crecí entre asesinos y me pareció normal. Un día me di cuenta de que era algo horroroso.

—¿Cuándo fue eso?

—Era chica y vi algo feo. Hace veinte años.

—Debe haberte impresionado mucho lo que viste.

—Fue como ver una corrida de toros. Un asesino, que se caga en las patas si está solo con un toro miura, se mete en la arena, espera que picaneen al toro una docena de tipos tan asesinos como él. Y, cuando el toro está cansado y sin los cuernos con los que nació porque se los limaron, le clava unaespada. El público aplaude. Un buen espectáculo. Le llaman corrida de toros. Debería llamarse: cómo asesinar a un animal.

—Un español me explicó lo de las corridas de toros. Tiene su sentido y es parte de la tradición.

—Lo bueno y lo malo son parte de la cultura. Y seguirá así.

—Los defensores de animales culpan al hombre de destruir el ecosistema. Vos hablás como si el mundo fuera tal como es y nada pudiera cambiarlo.

—El hombre nace asesino. Eso nadie lo puede cambiar. Es su naturaleza. Lo único posible es tratar que un tipo llegue a comprender algo simple: ¿vale la pena matar a ese?

—¿Tiene la culpa el león por matar a un animal?

—El león mata porque no sabe cómo vivir de otra forma. Sin embargo, hay leones vegetarianos.

—Nunca escuché de un león vegetariano.

—Tengo videos que podrías ver. Pero recién te conozco y no tenemos suficiente confianza.

—No se precisa tener mucha confianza para mirar videos de animales. Me los podés mandar a mi celular.

—¿De animales? Yo hablaba de otra clase de videos.

Me quedé en silencio. Me había sorprendido.

—Es un chiste —dijo.

—Me imaginé.

—Te imaginaste mal. Es en serio. Pero si te excita el bestialismo, ¿querés ver un video en el que estoy teniendo sexo anal con un orangután?

—Sí, claro —dije, bastante inseguro.

—Te va a encantar la parte en la que le meto un palo en el culo al orangután. Era un orangután puto.

Me reí.

—Che, vos sos bastante descreído de todo, ¿no?

La invitación

Roberto estaba divorciado desde hacía un año y se había pasado todo el tiempo mirándola.

Se ingenió para sentarse a su lado. Era simpático y dijo algunas cosas graciosas.

—¿Te gustaría ir a ver un partido de básquet? Mañana a la noche, juega Estudiantes.

Me sentí molesto. Ella le dijo:

—Muchas gracias. Pero mañana nos vamos con él de viaje.

Roberto me miró y levantó el pulgar.

Con la cola entre las patas, se levantó y volvió al sillón donde había estado sentado.

—Mañana voy a tener que esconderme.

—¿Por?

—Para que no me vea Roberto.

—No te va a ver. Nos vamos de viaje.

Otra vez, me sorprendió.

—¿Adónde?

—A Coronel Pringles.

—¿Va en serio?

—No te voy a hacer levantar a las ocho de gusto. Te paso a buscar por tu casa.

Estaba confundido, pero seguí adelante como pude.

—¿Para qué vamos?

—A boludear. ¿Venís?

—Sí, más bien.

—Cuando hablaba con tu amigo, me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—Vos sabés que quise decir tu nombre, pero no me acordé. ¿Cómo te vendrías a llamar?

El viaje

Fue puntual.

—Buen día —dijo.

Estaba sentada en un jeep Willys modelo 1944.

—¿Vos pensás que vamos a llegar en esto?

Hizo un gesto como diciendo que no hablara idioteces.

Era la primera vez que me subía a uno y que iba a viajar en un descapotable sin puertas.

Arrancó.

El jeep no daba más de ochenta kilómetros por hora.

Cloe apretó el acelerador a fondo todo el viaje.

Cuando estábamos cerca de Coronel Pringles, sin disminuir la velocidad, abandonó la ruta y se metió en un camino de tierra.

A esa altura, me había convencido de dos cosas: ese jeep era el mejor vehículo del mundo y ella estaba loca.

La escalera

Frenó de golpe.

Me fui para adelante.

Estuve a punto de atravesar el parabrisas.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —dijo.

Soltó una carcajada.

—Si no avisás...

—Dejate de joder y bajá.

De un lado del camino, había un campo con vacas; del otro, una alambrada de púas y un campo con lomas.

—Agarrá la escalera.

—¿Qué escalera?

—Viajás más de cien kilómetros con una escalera atrás tuyo y no la ves. ¿Qué hiciste todo el viaje?

—Pensar que no nos matáramos.

—Che, qué poca confianza me tenés. Dale, traé la escalera.

Era una de esas escaleras plegables, de pocos peldaños.

Cloe estaba junto a la alambrada.

—Ponela acá —dijo.

La abrí al lado de la alambrada.

Subió los cuatro escalones, se paró en el último y saltó por encima de la alambrada.

—Subí y saltá, así no te pinchás los huevos con las púas.

Subí y salté por encima del alambrado.

El largavista

Comenzamos a subir una loma.

Estábamos en una estancia.

Cloe iba adelante.

En la espalda, cargaba una mochila.

Cantaba canciones de rock.

Tenía buena voz y era agradable escucharla.

De repente, se tiró al piso.

—Tirate —me dijo.

Le hice caso. No sé si estaba haciendo todo lo que me pedía porque ella me gustaba mucho o por la curiosidad de saber qué íbamos a hacer.

—¿Qué estamos haciendo?

—Callate, boludo. ¿No podés quedarte en silencio? —dijo.

Abrió la mochila. Me dio un largavista.

Los mirones

Ella tenía su largavista y recorría el campo como si buscara algo. Pareció encontrarlo. Hizo una seña con la mano, indicándome para dónde mirar.

Entonces, vi al ciervo.

Comía el pasto. Al levantar la cabeza, su cornamenta parecía la corona de un rey. Dio unos pasos. Sus patas se movían como si no quisieran aplastar las hierbas.

Aumenté el acercamiento en el largavista.

Su color era pardo rojizo.

Sus ojos, muy oscuros y almendrados.

Me transmitía una profunda sensación de inocencia, de paz. Sentí el impulso de ir hacia él y acariciarlo.

De repente, pareció haber recibido un golpe invisible.

Tambaleó; sus patas se aflojaron, temblaron y no pudieron sostenerlo. Cayó al suelo.

Trató de alzar la cabeza, sus patas se movieron en un intento inútil por ponerse de pie. No pudo. Quedó tendido.

Lo veía respirar con dificultad.

Lo estaba viendo morir.

Cloe me tocó el brazo.

Señaló en otra dirección.

Vi al cazador.

Con su rifle, iba hacia el ciervo.

La bandera

Cloe sacó una bandera argentina de la mochila.

—Agarrá y ponela sobre tu cabeza.

Se puso de pie.

Hice lo mismo.

Comenzamos a caminar, sosteniendo la bandera encima de nuestras cabezas.

—¿Me trajiste para un acto de protesta?

—No, qué protesta. Es para que estos pelotudos no nos confundan y nos peguen un tiro.

Estábamos en un coto de caza.

La presentación

—¿No era mejor un trapo blanco?

—Mi vieja ponía la bandera en el balcón todos los 25 de mayo y los 9 de julio. Me la guardé y la llevo para todos lados, como una especie de amuleto, diríamos. En este caso, nos sirve. No es lo mismo que nos maten envueltos en un trapo, que en la bandera. Por lo menos, parece que morimos como patriotas.

Vimos algunos cazadores. Nos miraban extrañados.

—Casi todos son yanquis y europeos—dijo.

Llegamos cerca del ciervo.

Dos cazadores estaban a su lado.

Uno de ellos, le tocaba los cuernos.

El otro nos vio llegar y sonrió.

—Cada día estás más loca —dijo.

Era un hombre de unos cincuenta años, cabello rubio y corto, bastante alto. Usaba sombrero y una chaqueta de varios bolsillos. Puso el rifle sobre su hombro.

La saludó con un beso.

—¿Se puede saber qué hacés acá? —preguntó.

—Me dijeron que venías y aproveché para verte. Tuve suerte. Hace tres años que no te veo y te encuentro en el momento en que mataste al ciervo.

—¿Y esa bandera? No me digas que vienen a protestar por la matanza de animales?

Se rió.

—No. Para que nos vean bien y no nos caguen a tiros.

—Podrías haber usado un trapo cualquiera.

—Sí pero a Martiniano se le ocurrió traer la bandera. Le dije lo mismo que decís, pero siempre hace lo que se le canta. Me tiene cagando. Marti es mi novio.

—Qué bien. Un novio patriota —dijo, como una gracia.

—Marti, te presento a mi papá.

Miré al ciervo muerto.

El otro cazador preparaba la cámara fotográfica.

El padre de Cloe me extendió la mano.

Me quedé quieto.

Metí mi mano en el bolsillo de la campera, le di la espalda y comencé a caminar.

El regreso

—¡Eh! Agarrá.

Cloe estaba atrás de mí. Me daba una punta de la bandera.

Llegamos a la alambrada. Alcé la escalera y la puse de nuestro lado. Ella subió y saltó. Hice lo mismo.

El jeep arrancó.

No habíamos dicho sola palabra en todo el trayecto.

De golpe, Cloe dijo:

—Podés decirlo, si querés.

Respiré hondo. Sentía odio y pena.

—No hace falta. Como dijiste, son costumbres.

—Esta noche se comen al ciervo. La cabeza la cortan, la disecan y la cuelgan de una pared para lucirla como trofeo.

Cloe lo dijo con un tono indiferente.

Me quedé callado.

Estaba profundamente abatido.

—Me gustó lo que hiciste. Te voy a considerar como un posible novio.

—Bueno.

—Mañana vamos al matadero y vemos cómo le dan un garrotazo a la vaca y le parten la cabeza.

—Es lunes y tengo que dar clases —dije.

Frenó de golpe. Otra vez, casi salgo por el parabrisas.

—Qué costumbre fea tenés. Quedate quieto en el asiento.

—Al matadero no voy.

—No seas boludo. Era en joda.

Me tomó de la cara con las dos manos, me dio un beso en la boca. Por unos segundos, me miró a los ojos.

Volvió a besarme. Nos besamos durante un buen rato.

Se apartó. Arrancó el jeep.

Aceleró a fondo. Me agarré de donde pude.

—Ahora, sé que sos un buen tipo, así que te voy a dejar ser mi novio. No me lo agradezcas.

Empezó a lloviznar.

—Pará y ponemos la capota.

—No tengo capota.

La miré de reojo.

—Y mañana vamos al matadero —insistió.

—Te dije que no voy.

—Entonces, me perdés y me pongo de novia con tu amigo,el que le gusta el béisbol y que no me acuerdo cómo se llama.

—Yo tampoco. Y le gusta el básket.

—Lo mismo. Se juega con una pelota.

Llovía más fuerte. Nos estábamos empapando.

Dobló tomando la ruta sin bajar la velocidad.

Casi me caigo del jeep.

—¡Marti, quedate quieto!

Recuperé el aliento. Le dije:

—No me llamo Martiniano, soy Mariano.

—Sos raro. Todos los días tenés un nombre distinto.

Iba a contestarle.

De pronto, me di cuenta de que me sentía aliviado.

Ella era muy inteligente. Sabía lo que debía hacer.

—Ya estoy mejor. Acabo de entender todo lo que hiciste.

—¿A lo largo de mi vida?

—No, conmigo.

—Lo que hice con vos se llama besarse.

—No hablo de eso. Sabés bien de qué hablo.

—Vos sos medio rayado, ¿no?

—No soy tan boludo. Te descubrí.

La trama

—Anoche, me elegiste. Roberto y yo éramos los dos únicos que estábamos solos. A mí se me ocurrió defender las corridas de toros y ahí te decidiste por mí.

—Qué interesante.

—Tenías todo preparado para tu experimento.

—¿Qué experimento?

—De psicología experimental.

—¿De qué?

—Viniste hasta acá conociendo muy bien el lugar. Te saliste de la ruta para tomar el camino de tierra sin vacilar. Llegaste a la estancia y no dudaste ni un segundo de que era esa. Podía ser cualquier otra. O sea, viniste muchas veces.

—¿Y qué pasó después?

—Montaste la escena. La escalera, la loma. Me pusiste en el lugar justo para que pudiera ver al ciervo y al cazador. ¡Oh, que casualidad! Ni diez metros más allá, ni diez más acá. Justo en el punto ideal de observación.

—Esto mejora.

—Me presentaste como tu viejo a un tipo con el que estás de acuerdo. Es uno que usás como cómplice. Así estudiás la reacción de tus conejitos de indias cuando se enfrentan al que vos llamás «el asesino».

—¡Buenísimo! ¿Y qué pasa al final?

—Estás haciendo un estudio no sé sobre qué. Pero estoy seguro de que se trata de analizar las reacciones humanas frente a la muerte de un animal inocente y lo que hace cuando tiene al «asesino» adelante. Puede que también te sirva lo que opina cuando matan al ciervo. Y al ciervo lo mató el otro tipo. El que tenía la cámara para sacarse una foto con ese pobre animal. Ese tipo no sabía nada de tu experimento.

—¿Todo eso se te ocurrió a vos solo o tenés un equipo de expertos que te asesora?

—Tan boludo no soy, ¿no?

—Para nada. Sos una especie de genio de alguna cosa. Tu análisis errado fue muy interesante. ¿Tenés otros?

La broma

Cloe se puso a reír.

—Hay algo que falla en la novela que te hiciste.

—Decime qué.

—Yo soy tarotista y astróloga.

Demoré en reaccionar.

—Vos sos bióloga, especialista en etología. Estudiás los animales en su medio ambiente y la relación de los seres humanos con los animales.

Lo primero que hice al llegar a casa la noche anterior fue buscar en internet y salir de la duda sobre lo que hacía un etólogo y psicólogo experimental.

Ella se siguió riendo.

—Martina escuchó lo de la hamburguesa de caballo y te hizo una broma sobre lo que yo era. Me contó y me pidió que no te dijera nada. Lo único verdadero es que soy proteccionista de los animales. Lamento que no puedas ser un *Agato* Christie. Me

mudé a Bahía porque quería irme lejos de Felipe, un novio que tuve en Chivilcoy. Cinco años de novia y el pelotudo me dejó y se casó con una gorda culona que llegó de Arrecifes. Para colmo, vivía a una cuadra de mi casa. Me fui a la mierda. Mira si voy a estar viendo cómo tiene hijos y sale a pasear con esa groncha con cara de sapo. Con lo bella que soy, me dejó por una que parece una ternera. ¿A vos te parece?

El piso del jeep se estaba llenando de agua.

Llovía a torrentes.

Cloe seguía con el pie pisando a fondo el acelerador.

—¿Y cómo conocés tan bien la zona y la estancia?

—Nací en la estancia. Mi viejo era el mayordomo. Se separó de mi vieja y nos mudamos a Chivilcoy. Mi vieja se volvió a casar y vive en Buenos Aires. Nos fuimos mucho antes que la estancia se vendiera a la empresa que la explota ahora. La empresa puso el coto de caza. Mi viejo se encarga del coto. Es cazador. Salían con el dueño de la estancia a cazar.

Estaba hecha sopa, pero parecía estar muy divertida.

—No soy enóloga.

—Etóloga. Enólogos son los que catan vinos.

—Lo mismo.

—¿Cómo puedo saber si me estás diciendo la verdad?

—Preguntá en la facultad si conocen a Daniela Villaverde.

—¿Quién es?

—Yo, boludo, ¿Quién va a ser?

—¿No sos Cloe?

—Mi viejo me puso Daniela por Daniel Boone, el cazador.

Me reí.

—Te cuento mi sufrimiento y te reís en mi cara.

—No me reí de lo que pasó con tu novio, sino que tu viejo te pusiera Daniela por Daniel Boone.

—Ese es mi sufrimiento. Felipe que se vaya a cagar. Qué me importa si ya tengo otro novio.

—¿Tenés novio?

—¿Me tomás para la joda? Mi novio sos vos. Claro, te desilusioné porque no soy enóloga?

—Etóloga. Y no me desilusionaste.

—¿Entonces, sos mi novio?

—Sí.

Me alegré al decirlo. Ella estaba loca, pero me encantaba.

La lluvia caía a baldazos.

—Conmigo te ganaste el primer premio de la lotería. Hoy no porque tengo que ir a visitar a una tía que vive en Bahía, pero mañana te hago la carta natal. Cuando lleguemos, sacá el papel higiénico que está en la guantera y me anotás el día, el mes, el año y la hora que naciste.

—Antes, jurame que sos astróloga y tarotista.

—No te juro nada. Creé lo que quieras. Vos sos un psicópata.

—Paranoico, querrás decir.

—Lo mismo.

La facultad

Al día siguiente, fui a la facultad y pregunté por ella. No la conocían. La busqué a Martina.

—No era una joda. Es bióloga. Escribió dos libros que se tradujeron a varios idiomas.

—Si no sabe si se dice etóloga o enóloga.

—Es divina. En tan poco tiempo y ya te enloqueció.

—No sigas con la broma. Cloe es tarotista y astróloga. Habló de los signos y sabe mucho. Además, y me da vergüenza decirlo, fui a la facultad y no conocen a ninguna Daniela Villaverde.

Martina soltó una carcajada.

—¡Es una genia!

Me dio un beso en la mejilla y se despidió. Ella también daba clases y tenía una en media hora. Se fue tan rápido que no tuve tiempo de preguntarle dónde estaba viviendo Cloe.

Desde el día anterior, no había dejado de llover.

Abrí el paraguas y comencé a caminar.

Escuché bocinazos.

—¡Eh, eh! Subí.

Era Cloe. El jeep tenía puesta la capota.

—¿Cómo estás? ¿Feliz de ser mi novio? ¿Soñaste conmigo?

—¿No era que no tenías la capota?

—La encontré entre las frazadas. ¿Querés que la saque? ¿Te gusta más andar en un descapotable?

—No, dejala puesta. Estuve con Martina.

—¿Me mandó saludos cariñosos?

—Quiso seguir la joda. Pero te creo que no sos bióloga. Fui ala facultad y no te conocen.

—¿En serio preguntaste por mí?

—Sí.

—¿Y cómo sabés mi apellido? ¿Te lo dijo Martina?

—Me lo dijiste vos.

—¿Yo? En fin. Mejor lo dejamos así. ¿Cómo que no me conocen si soy famosa? ¿Por quién preguntaste?

—Por Daniela Villaverde.

—¿Y esa quién es?

—Dijiste que te llamabas Daniela por Daniel Boone.

—Te digo en serio, te lo digo por tu bien, como tu novia que siempre te fue fiel y estuvo a tu lado en los malos momentos, vos precisás terapia. Estás mal, muy mal. Tenés un severo estado de confusión mental. Voy a llevarte a un psiquiatra que conozco. Te va a hacer un descuento.

—¿No me dijiste que eras Daniela Villaverde?

—Pobre, qué confundido estás.

Meneó la cabeza y, como con lástima, dijo:

—Yo soy la doctora Cloe Germani. Ayer me hinchaste todo el tiempo para que te lleve al matadero, así que ahora vamos. Voy a darte el gusto.

Me quedé mirándola.

Estaba completamente confundido.

Con un gesto de fastidio, dijo:

—Y no me digas que no te llamás Marcelo.

La vaca

Nunca supe cómo hizo para llevarme al matadero.

Se bajó del jeep. Me quedé esperando.

Llovía menos.

Me hizo señas para que bajara.

Cuando llegué junto a ella, dijo:

—¿Cuánta plata tenés?

Sin esperar la respuesta, metió la mano en mis bolsillos.

—Con esto alcanza —dijo y dio media vuelta.

La esperaba un tipo con delantal blanco, manchado de sangre y pinta de no haberse bañado en los últimos seis meses.

Le dio la plata.

Me hizo señas para que me acercara.

—¿Por qué le diste plata?

—La investigación científica tiene sus costos.

Fuimos hasta un corredor de madera, estaba lleno de vacas puestas en fila.

Un tipo, también con delantal blanco manchado de sangre, tenía una maza en la mano.

Una vaca salió del corredor.

El tipo le pegó un mazazo en la cabeza.

La vaca dio varios pasos, aturdida.

Trastabilló, se fue de boca al suelo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse de pie.

Las patas le temblaban. Se le aflojaron.

La vaca cayó sobre sus rodillas delanteras y quedó tendida, de costado, en el piso.

Por unos segundos, alzó la cabeza, como pidiendo ayuda.

Otro tipo le puso una soga en el cuello. La arrastró.

Un tercer tipo lo ayudaba.

Todos tenían puestos los mismos largos delantales blancos manchados de sangre.

Podía escuchar los quejidos de la vaca.

Uno de los tipos que la arrastraban, le dio un cuchillazo en el pecho. La sangre cayó al piso.

Entre tres, la levantaron, dejándola colgada cabeza abajo de un travesaño.

La vaca movía el cuerpo. Chorreaba sangre.

Recibió otra cuchillada en el pecho. La vaca se arqueó.

Le cortaron el cuello.

Salió mucha sangre.

Había sangre por todas partes.

La vaca soltó el último quejido.Quedó colgada.

Comenzaron a abrirla por el medio.

El pañuelo

Salí muy rápido. Subí al jeep.

El pecho me hervía.

Me llevé las dos manos a la cara.

Me puse a llorar.

Saqué el pañuelo.

Me sequé las lágrimas.

Me acordé de Cloe. Miré hacia la puerta de entrada.

Creí que seguía adentro. Pero estaba parada con la espalda apoyada en la parte trasera del jeep.

Guardé el pañuelo en el bolsillo.

Recién entonces, subió al jeep.

Arrancó a su estilo y, como si no pasara nada, dijo:

—Paró la lluvia. Está clareando. Una lástima. Me gustan los días lluviosos, son más poéticos. O sea, días como para vos.

No pude contestarle. No me salía la voz.

Se puso a cantar una cumbia.

Los ñoquis

Sin preguntarme, frenó frente a un restorán en la ruta.

Bajamos. No me sentía con ánimo, pero no me quedaba otra que seguirla.

—Para mi novio, le trae un bife de costilla ancho, con ensalada mixta, pero sin cebolla porque le queda mal aliento. A mí, me trae una tortilla de papas y un tomate cortado al medio con aceite y ajo.

—¿Para tomar? —preguntó el mozo.

—Para mi novio, una sevenap, que no esté muy fría porque le hace mal a la garganta. A mí, me trae medio litro de tinto de la casa. No traiga soda ni agua porque lo tomo puro.

Yo nunca tomaba sevenap, pero me daba igual.

Tenía la cabeza en otra parte.

Cloe puso las manos delante mío, con los dedos abiertos.

—¿Te gusta el esmalte que me puse? Tengo el mismo en las uñas de los pies. Me combina con la bombacha. Dame tu mano. Te la voy a leer. Soy quiromántica.

La escuchaba sin ganas.

—Ajá, qué interesante. Tu vida va cambiar por la aparición de una mujer única, bellísima, una diosa; la mujer que soñaste encontrar. Esta vendría a ser yo.

Me causó gracia. Tenía el don de alegrarme.

El mozo nos sirvió.En mi plato estaba el bife.

Cloe comenzó a comer el tomate con ajo.

Levantó la vista y dijo:

—Comé, se te va a enfriar.

Me quedé mirando el bife. Miré a Cloe.

—¿Qué pasa? —dijo.

Entrecerré los ojos. Cloe llamó al mozo.

—Mi novio se puso dientes postizos esta mañana. No puede masticar bien. Llévese el bife y déselo a algún pobre. A mi novio le trae ñoquis con doble manteca.

Sonreí con un poco de pena.

Ella me guiñó un ojo.

Enseguida, dijo:

—Dale, loco. Comete la mitad del tomate mientras te traen los ñoquis. Y ni se te ocurra querer besarme con el aliento con olor a ajo que te va a quedar. Me olvidé de decirte que mañana vamos al campo de los González. Hacen unos chorizos y unos salames que te van a encantar. Incluso, vas a aprender todo el proceso de elaboración. Desde que matan al cerdo.

Tomó un poco de vino y agregó:

—Vas a comprobar por qué se dice «gritó como un chancho». Vas a ver cómo lo cuelgan patas abajo, cómo patalea, desesperado y cómo grita, muerto de miedo, hasta que le clavan un cuchillazo en el cogote y salta la sangre. Te va a resultar un espectáculo inolvidable. No me agradezcas por llevarte conmigo. Sos mi novio y donde voy yo, vos estás ahí.

Le dije:

—No hace falta ir a ver los chanchos.

Dijo:

—Ya sé.

Y sonrió.

Un encuentro con Luz

La improvisación

—Luz se une al grupo —dijo el profesor.

Ella nos miró saludándonos con la mano.

Estábamos sentados en el piso y en algunas sillas viejas.

Contando a Luz éramos quince.

Era delgada, de un metro sesenta, con una linda cara angulosa en la que resaltaban sus ojos oscuros. El pelo castaño le caía por debajo de los hombros.

Subió al escenario. Una tarima de tres metros por cuatro. Era un lujo para un sótano con olor a humedad y piso de cemento.

El profesor le había pedido que hiciera una improvisación.

Todos lo hicimos el primer día.

Luz se apretaba los dedos de una mano con la otra. Entreabría la boca, como si fuera a decir algo y volvía a cerrarla.

Parecía estar totalmente desconcertada. Estaba claro que no sabía qué hacer y se sentía asustada.

Con un hilo de voz, balbuceó:

—No sé, siempre quise...

Se calló. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Haciendo un tremendo esfuerzo, con la voz estrangulada en la garganta, dijo:

—Tengo dieciséis años. Estando acá, me doy cuenta de que no puedo. No sé qué tengo que decir. No sé.

Apretaba sus manos con tanta fuerza que hubiera podido quebrarse un dedo. Su cara estaba desencajada y daba la impresión de que, en cualquier momento, estallaría en llanto.

De pronto, con los ojos muy abiertos, como si estuviera aterrada y a punto de gritar pidiendo ayuda, dijo:

—¿Tengo que hablar de mí?

Miró al profesor. Nadie le respondió.

Sentí ganas de subir a la tarima y hacerla bajar.

Haciendo un esfuerzo enorme, de manera entrecortada, comenzó a hablar:

—Mi papá murió. Yo era muy chica. Todo lo que me acuerdo de mi papá es de una tarde que me llevó a comprar caramelos al kiosco. Eso es lo que me acuerdo. Mi papá llevándome de la mano por la vereda. La mano de mi papá tomando mi mano. Me sentía segura. Después, nunca más me sentí así. Esa tarde, caminando con mi papá. Y nunca más.

Agachó la cabeza. Casi susurrando, dijo:

—Mi mamá volvió a casarse. Yo tenía siete años. Jorge se llamaba el marido.

Se detuvo. Dio la impresión de que le era imposible seguir.

Balbuceó:

—Él, el marido, me tocaba.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Se metía en mi pieza. Me hacía cosas, me tocaba. Me dijo que no le contara a nadie. Me iba a castigar si contaba. Recién, a los doce años le dije a mi mamá.

Se calló. Con el dorso de la mano, se secó las lágrimas.

—¡Hijo de puta!—dijo Laura, sentada a mi lado.

Luz hizo un esfuerzo y pudo seguir hablando:

—Mi mamá no me creyó. Me pegó una cachetada. Me dijo que era una mentirosa. Yo no sabía qué hacer. Me escapé. Esa noche dormí en un tren. Dormía en los vagones vacíos que están al lado de las vías y en el subte. Un día, me despertó un policía. Dijo qué hacía ahí. De qué villa era. No sabía qué decirle. Dijo que yo era una putita y que me fuera a la villa. Así me dijo: andate de acá, putita de mierda.

Soltó el llanto.

Se contuvo. Respiró hondo.

—Él se bajó el cierre de la bragueta...

—¡Hijo de las mil putas! —gritó alguno de nosotros.

Luz se pasó la mano por la nariz.

—Iba por la calle. Tenía hambre. Pasé por un negocio. Una señora estaba sentada. Vendía lanas. No sabía qué hacer y me animé a entrar y le conté a ella. A Marta. Le conté todo. Ella me escuchó. Me hizo pasar a la casa, que estaba en la parte de atrás del negocio. La llamó a Angelina, la hija. Angelina tiene cinco años más que yo. Le dijo que me acompañara al baño y me diera ropa. Después, me sirvieron café con leche y medias

lunas. Yo me comí todo. Tenía hambre. A la noche, me dejaron dormir en un colchón en el suelo, al lado de Angelina.

Luz se quedó en silencio. Haciendo un esfuerzo, dijo:

—Me quedé a vivir con ellos. Con Marta y Luis. Y Angelina. Hicieron trámites, denuncias, fueron con el juez. No dejaron que me llevaran a ninguna parte. Voy a la escuela nocturna y todas las noches, mi hermana, yo le digo hermana a Angelina, porque es como mi hermana, y mi mamá, me van a buscar.

Respiró hondo. Volvió a llorar. Pudo controlarse.

A mi lado, Laura tenía la cara empapada por el llanto.

Todos estábamos conmovidos.

La que estaba ahí era casi una nena.

—Mi mamá está afuera esperándome. Marta es mi mamá. Para mí es mi mamá. No me prohibió que viniera y hasta me dio la plata para pagar. Ella quería que yo fuera más grande para estudiar teatro. Quiero ser actriz. Me gustan las películas viejas que dan por la tele. Quisiera ser como Zully Moreno.

Su voz sonaba ahogada, la cabeza gacha; seguía retorciendo sus manos.

—Estando acá, me doy cuenta de que no sirvo. No sé qué decir ni cómo moverme. Perdónenme, por favor, perdónenme.

Lloraba desconsoladamente. Con la cabeza inclinada, dando unos pasitos muy cortos, como si no se atreviera a caminar, bajó de la tarima.

Dimos un salto, poniéndonos de pie.

Laura la abrazó. Susana le dijo que se quedara tranquila.

Luz seguía con la cabeza gacha.

Nunca había visto a alguien tan digno de lástima. La rodeamos. Tratamos de darle ánimo.

De pronto, levantó la cabeza.

En su cara había una enorme sonrisa.

Nos miró y dijo:

—El profesor me pidió que improvisara.

Nos quedamos en silencio. Parecíamos de piedra.

Alguien gritó:

—¡No te lo puedo creer! —dijo Laura.

—¡No podés ser tan mierda! —dijo Susana.

El profesor comenzó a aplaudir. La ovacionamos.

Volvió a subir al escenario.

—Me llamo Luz. Tengo dieciocho. Mi viejo está vivo y se lleva muy bien con mi vieja. Mi hermana Mariana es dos años mayor a mí. Nadie me espera afuera. Y no quiero ser como Zully Moreno. Más bien como Audrey Hepburn.

Hizo un saludo teatral. Recibió otro aplauso. Lo merecía.

Así conocí a Luz.

El bar

Una semana después, la encontré en un bar de Corrientes.

Estaba leyendo en una de las mesas, junto a la pared.

—Hola —le dije.

Me miró. No dijo una palabra y volvió a leer, ignorándome por completo.

—Somos compañeros en la clase de teatro. El otro sábado hiciste de nena que se fue de la casa.

—Ajá. Fijate, muy interesante —dijo, con desgano.

Me sentí incómodo.

—Mejor te dejo seguir leyendo.

Ella giró la cabeza.

—Che, Juan. Vení, sentate —sonreía.

—¿Todo el tiempo sos así? —le dije.

Me senté frente a ella.

—Estás insinuando que no soy normal.

—No dije eso.

—Fue lo que quisiste decir. No me tomés de boluda. Me hartan los tipos como vos. Se creen superiores porque son hombres. A las mujeres nos usan como a trapos.

Se puso a leer. Sin levantar la cabeza, dijo:

—¿Estás desconcertado, pibe?

—Sos un poco cambiante.

—¿Estoy loca o hablo en joda? Quiero conocer tu opinión.

—Estás loca.

—¿Quién te creés para agredirme? Te vas, ¿o llamo al mozo para que te saque a patadas en el culo?

—Llamalo.

—¡Señor!

El mozo se acercó.

—Este hombre me está molestando. Me ofreció plata y dice que soy una callejera. Échelo.

El mozo meneó la cabeza.

—¿Qué te traigo, Juan? —me preguntó.

—Cortado. Y otro para ella.

Luz se sonrió.

—Me cagaste. Venís siempre acá.

—Sí.

—Me hacés gastar recursos al pedo.

Me reí.

Me miraba con una sonrisa y abría y cerraba los ojos, pestañeando muy rápido, como las seductoras del cine mudo.

—¿Qué leés?

—*La sonata a Kreutzer*, de Tólstoi.

—Para la facultad.

—Para mí. Siempre leo para mí. En la facultad no dictan literatura rusa. Borges nunca leyó a un escritor ruso. Parece que ignoran que lo mejor de la literatura rusa se escribió durante el imperio. Dostoievsky y Chéjov son tan imperialistas como Kipling o Chesterton. Cuando se den cuenta, a lo mejor los leen y pierden el miedo a infectarse de comunismo.

El mozo dejó los cortados en la mesa. Me guiñó un ojo.

—Es un viejo puto. Te guiñó un ojo. ¿Vos sos puto?

—No. El mozo tampoco.

—No sé. Estudiás teatro y ya se sabe cómo es ese ambiente ¿Estudiaste danza clásica en el Colón?

Solté una carcajada.

—Soy escritor. No me interesa ser actor. Escribí unas obras y quiero saber todo lo que pueda de actuación.

—Yo también escribo.

—¿Qué escribís?

—Poesía. O sea, lo que duele. No es posible escribir sin que la letra duela.

—No creo que le doliera a Alejandro Dumas.

—Hablo de poesía. A César Vallejo le duelen las palabras.

—La prosa también duele. El escritor está cargado de angustia. Siempre que haga un arte comprometido.

—Claro, un arte comprometido con su tiempo y la realidad.

—No. Un arte comprometido con él mismo. El artista debe crear su obra como quien se tira desde el trampolín más alto.

—Hay un arte banal.

—El arte siempre es para una elite. No es posible el arte inteligente para el espectador común. Para él, el arte de masas, el arte superficial, el que se ve, se lee, se escucha sin tener que usar la inteligencia, sin emplear el pensamiento.

—Debe haber una forma para que el arte de elites se transforme en arte de todos.

—No la hay.

—¿Por qué?

—Porque muy pocos hombres no son estúpidos.

La manifestación

La manifestación avanzó hacia el Obelisco.

Había una barrera de policías. Un carro hidrante arrojó agua y los polis lanzaron gases lacrimógenos. Hubo corridas. Los manifestantes se desbandaron por las calles laterales a Corrientes.

Los polis los siguieron. Corrí por Talcahuano.

Vi a una chica de pelo largo delante de mí. Era muy veloz. Le sacó una buena ventaja a otros perseguidos por los canas. Antes de la Plaza Lavalle, cazaron a varios. Los tiraron al piso y los golpearon con los bastones.

Fui hacia la plaza. La chica estaba cerca. Giró la cabeza.

Era Luz. La llamé. No me escuchó. Siguió corriendo.

El tumulto estaba a unos cincuenta metros.

De pronto, ella puso las manos en los bolsillos del gabán y comenzó a caminar como si estuviera mirando vidrieras.

En la esquina de Tucumán y Libertad, dos coches patrulleros cortaron las calles.

Luz fue en dirección a Talcahuano. Al cruzar la calle, quedé a su lado. Imprevistamente, me tomó del brazo.

—Vos sos un boludo de importancia. ¿Cómo se te ocurre gritar mi nombre? —me dijo.

Tenía razón. Dijo:

—Pará. Date vuelta y miremos a los canas. Hacete el sota. No te digo que pongas cara de boludo porque ya la tenés.

Nos quedamos un par de minutos en medio de la vereda, mirando cómo arrastraban a los detenidos a un coche celular.

Volvimos a caminar. Luz seguía tomada de mi brazo.

En la plaza, la policía perseguía a unos cuantos militantes frente a Tribunales.

Un coche patrullero avanzó a contramano y cortó la calle.

Caminamos muy despacio por Talcahuano, como si no tuviéramos razón para apurarnos.

Unos polis aparecieron desde Viamonte. Luz me tironeó del brazo. Mi espalda quedó apoyada en la pared.

Los policías venían en nuestra dirección. Ella me gritó:

—¡Sos un pelotudo de mierda!¡Mirá adónde me traés! ¿Qué te dije? ¡No me jodas más!

Los polis estaban a menos de dos metros. Siguió gritando. Me había soltado y me pegaba trompadas en el brazo.

—¡Si me meten en cana por culpa tuya, mi viejo te va a cagar a patadas!

Los polis la miraron. Uno de ellos sonrió. El otro dijo:

—Circulen, circulen.

Luz volvió a tomarme del brazo.

—Entrá —me dijo.

Vacilé.

—Entrá, boludo.

Era un hotel para parejas.

El hotel

Fui al baño. Al salir, ella se había quitado el gabán y fumaba un LM sentada en una silla. Se levantó y, sin decir una palabra, se metió en el baño. No supe muy bien qué debía hacer mientras la esperaba. Dejé el saco colgado en el respaldo de la silla.

Me senté en la cama y encendí un cigarrillo. No demoró en salir. Tenía la cara lavada. Con una gomita se ató el pelo enrrollándolo encima de su cabeza. Se sentó en la cama. Usaba botas negras. Se las sacó. Las tiró al piso, sin importarle dónde cayeran.

Tenía puesto un jean y un pulóver blanco.

—¿Estás en la JP? —le pregunté.

—No.

—¿Qué hacías en la manifestación?

—No estaba en la manifestación. La miraba pasar.

—¿Por qué corriste?

—¿Qué querés que haga? ¿Espero que me chapen los gorras, me lleven a una comisaría y me manoseen las tetas mientras me toman las huellas digitales? Pedime una sevenap.

—No volviste a las clases —dije.

—Ya aprendí todo lo que necesito saber. El mes que viene debutó en el Ift. Trabajo en *El deseo bajo los olmos*, de O´Neill.

—¿Hacés el papel de Abbie?

—No, de olmo.

—¿No podés hablar en serio ni en un momento como este?

—¿Qué momento es este? A mí no me vas a tocar.

—Ni se me ocurre.

—¿Te doy asco?

—No.

—Entonces, me querés tocar. Me jugué por vos. Te salvé de ir a la cárcel. Y, ahora, querés meterme mano, como a una de esas putonas con las que andás.

—No te voy a tocar y no ando con mujeres de esa clase.

—Me contó tu amiga Laura.

—¿Qué te contó?

—Que andás con mujeres con cara de prostíbulo.

—Luz, sos incansable.

—Si me querés dejar, decímelo en la cara. No me hagas sufrir más. Estoy cansada de tus infidelidades.

Me puse las dos manos sobre la cara.

—Sos imbancable —le dije.

—¿Ves? Ya no me soportás. ¿Quién es la otra? Seguro que es Laura. La calé enseguida. ¿Andás con esa putona?

Trajeron las bebidas. Las recibí.

Me quedé parado, empecé a caminar por el cuarto.

—Decime de una vez cómo se llama la otra —dijo, mientras llenaba el vaso de sevenap.

Era mejor seguir el juego.

—Mirá, Luz. La única que me importa sos vos. Nunca te engañé. Te lo juro.

—Yo sí te metí los cuernos.

Me sorprendí. Fue curioso que me sorprendiera.

—¿Con quién?

—Con Jaime.

—¿Quién es Jaime?

—Tiene un negocio de ropa. Es casado, con tres hijos. Cumplió cincuenta años la semana pasada. La primera vez, me regaló una campera de jean. La segunda, una remera. Este Citizen me lo dio él. Es el productor de la obra.

—En la que hacés de olmo.

—Es un buen papel. Estoy mucho tiempo en escena.

—Así que andás con Jaime.

—¿De verdad pensaste que me acosté con ese viejo inmundo con los dientes amarillentos?

—Me lo acabás de decir.

—Ahora, sí que se terminó todo entre nosotros. Desconfiás de mí. Si no hay confianza, no hay amor. No te quiero volver a ver. Andate.

Apagué el cigarrillo, encendí otro. Me senté en una silla.

—Te dije que te fueras.

Agarré el saco, abrí la puerta y salí. Esperé unos segundos y golpeé la puerta. Desde adentro, Luz respondió:

—Le acabo de decir a mi amante que estoy embarazada de tres meses y no quiere hacerse cargo. Se fue y me dejó sola. Por favor, avise en recepción que no lo dejen salir.

Las elecciones

Luz acomodó la almohada bajo la nuca y el vaso de sevenap sobre el estómago.

Me saqué los mocasines y me acosté a su lado.

—Agarrá el vaso, se va a volcar.

—¿Querés decir que tengo la panza con ondulaciones?

—Tu panza es lisa. Pero se puede volcar el vaso.

—Te falta imaginación. No te das cuenta que juego a que no se cae en los próximos cinco minutos.

—¿Y si se cae?

—Perdí.

Cerró los ojos. Sin abrirlos, dijo:

—Vas a las manifestaciones nacionalistas y tomás cocacola, la bebida símbolo del imperialismo yanqui. Ustedes, los peronistas son contradictorios. ¿Sabés cuándo se acaban los ideales nacionalistas de los militantes como ustedes?

—¿Cuándo?

—Al conseguir un puesto en una empresa multinacional.

La inocente

Luz levantaba una pierna, la encogía, la estiraba y la dejaba caer sobre la cama. Luego, hacía lo mismo con la otra

—¿Tu hermana es como vos?

—Mi hermana es retrasada mental.

—O sea que te llevás mal con tu hermana.

Se tapó la cara con un brazo.

—Es retrasada mental.

Vacilé. ¿Otra vez me hacía entrar en su juego?

—Mi hermana cumplió veinte y tiene ocho de edad mental. Es muy linda. Más linda que yo. En la calle, los hombres la miran. Tiene cuerpo de mujer, pero es una nenita.

Luz levantó las dos piernas juntas.

—No está bien que bromeé con estas cosas. Mi hermana va a la facultad de abogacía. Está en tercero.

Me quedé callado. Cada cosa que decía, me hacía dudar. No estaba seguro de que tuviera una hermana.

Ella seguía con las piernas levantadas. Dije:

—Me gustaria conocer a tu hermana.

—Nunca. Das tipo degenerado encubierto.

El cumpleaños

—¿Sos militante?

—Sí.

—Por eso estabas en la manifestación.

—El 16 de junio del 55, mi viejo viajaba en colectivo y una bomba le cayó encima. Ese día, los opositores a Perón bombardearon Plaza de Mayo y asesinaron a más de cuatrocientos civiles que iban a sus trabajos. Mi mamá fue a la morgue para reconocer el cadáver. Estaba despedazado.

—Eso es un horror.

—Casi no tengo ningún recuerdo de mi viejo. Era muy chico. Al otro día, cumplía seis años.

—No me jodas.

—Nací el 17 de junio de 1949. Mañana cumplo veintitrés. Nunca festejo mi cumpleaños.

Luz volvió a cruzar un brazo sobre la cara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada.

Respuestas

Se acostó a mi lado.

—¿A qué le tenés miedo? —preguntó.

—A convertirme en nada.

—Eso es miedo a la muerte.

—No le temo a la muerte, sino a ser nada.

—Querés decir como ir al cielo o al infierno.

—Convertirme en nada. Ya no estar en ninguna parte del universo. ¿Qué seré después? Unos pocos años de existencia y el final es la nada. ¿Esto fue todo?

—¿Y Dios?

—¿Existe?

—Los que creen dicen que sí.

—¿Creés?

—Rezo. No sé si creo.

—Si rezás, creés.

—Rezo. Me hace bien. No sé a quién le rezo. Me enseñaron a rezar. No me enseñaron la manera de creer en Dios.

—Se cree en Dios por debilidad. Como si pudiera dar lo que no tenemos. En realidad, nunca da nada.

—A lo mejor, tira el pincel y cada uno decide pintar una pared, un cuadro o meterse el pincel en el culo.

Los senos

Luz se sacó las medias. Como hizo con las botas, las tiró sin importarle dónde cayeran.

Se levantó el pulóver unos centímetros encima del ombligo.

—Afuera te cagás de frío y acá de calor —dijo.

—Por la calefacción.

—Ya sé. No soy una naba. Tengo sed.

—¿Te tomaste toda la sevenup?

—¿La tenía que guardar para mañana?

—Tomá.

—La coca me hincha.

—Parecés un escarbadiente.

—¿Qué querés decir? ¿Qué soy toda chata?

—Que sos flaca.

—Con tetas elegantes.

—No sabía que había tetas elegantes.

—Hay tetas eróticas, como las de Brigitte Bardot. Tetas lujuriosas, como las de Sofía Loren. Tetas de superada, como las de Jane Fonda. Tetas orgullosas, como las de Barbra Streissand. Tetas elegantes, como las de Audrey Hepburn. Mis tetas son las de una dama que recita «La sereneta de Schubert» en un jardín de rosas

—Gutiérrez Nájera era borracho y hemofílico. Se murió a los treinta y seis años, desangrado en una operación. Deberíamos morir a los treinta. Sentir que nunca nos tocará la muerte y morir de repente.

—Si te gusta morirte a los treinta, dale. Yo quiero vivir cien años y la yapa.

El deseo

Sentí un impulso y la besé.

Sin decir una palabra, comencé a quitarle la ropa.

—No sé qué me pasó —dije, mirando el techo.

—Yo sabía que eras puto.

—Te dije que no soy puto.

—Seguro que con el mozo se te para.

Se rió.

—No es nada. Vas a tener revancha.

Empezó a vestirse. Y agregó:

—Con otra.

Volvió a reírse. Terminé de vestirme. Me sentía demolido

—Vamos. Afuera ya debe estar todo tranquilo —dijo.

El taxi

Las calles estaban despejadas. Caminamos hasta Córdoba.

—¿Volvemos a vernos? —le pregunté.

—La otra semana me voy a Estados Unidos a estudiar cine- en Columbia. Quiero ser documentalista. Me gustaría ser como una corresponsal de guerra. Pero no me interesa la guerra de los soldados, sino de los que sufren la guerra sin entrar en batalla.

—¿Cuánto tiempo vas a estar allá?

—No pienso volver. El hermano de mi papá tiene un restaurante en Nueva York. Mi papá se asoció con él.

No le creí. En un par de días, una semana o al mes siguiente la encontraría en alguno de los bares de Corrientes.

Me dio un beso y subió al taxi. Comencé a caminar hasta la parada de colectivos. Metí la mano en el bolsillo del saco, buscando el atado de cigarrillos.

Encontré un papel.

Luz se había dado maña para ponerlo ahí.

El papel decía: «Puto culo roto».

El premio

Diez años después, estaba casado, con dos hijos y tenía una librería con la que ganaba bastante bien.

Hacía años, había dejado el teatro y, muy de vez en cuando, me sentaba frente a la máquina a escribir historias que siempre dejaba inconclusas.

La guerra de Malvinas había terminado la semana anterior.

Como todos los mediodías, fui a La Ópera a tomar un café.

Entraron dos hombres cargando cámaras. Con ellos, iba una chica de pelo corto, un gorro de lana en la cabeza y anteojos oscuros. Se la veía bella y segura de sí misma.

Se sentaron junto a una de las ventanas que dan a Callao.

Media hora después, llegó Martín. Era dueño de una librería, ubicada cerca de la mía y era habitual encontrarnos en los mediodías a tomar un café.

—Mirá quiénes están allá. Estuvieron en la librería filmando a unos clientes. Están haciendo un documental sobre las Malvinas. Me compraron cinco libros. Te diría que fue su manera de agradecerme por la atención de dejarlos trabajar.

—¿Quiénes son?

—Norteamericanos. Vienen de la guerra de Irak e Irán. Ella es la directora. Nació acá, pero se nacionalizó. Ganó varios premios y estuvo nominada al Oscar por un documental sobre la hambruna en Etiopía. Me lo contó Robert, el camarógrafo. Linda piba y repiola.

—¿Me decís que es argentina?

—Sí. Me di cuenta porque pronuncia «cabayo» y «caye». Es muy inteligente y con un buen humor envidiable.

Martín encendió un cigarrillo y siguió contando:

—Estuvieron en la villa de Retiro y con los padres de los soldados. No le interesan las escenas de guerra, sino lo que le pasa a la gente común con la guerra. Ella dijo algo muy interesante: si leemos un libro de historia, nos enteramos de lo que pasó con los generales, las batallas y los móviles de la guerra. Pero no sabemos cómo se sentía el viejo muerto de miedo que escuchaba los cañonazos, escondido en el sótano de su casa.

—¿Cómo se llama?

—Audrey Light.

¿Esa chica era Luz?

La miré con atención. Ella me daba la espalda. Usaba un jean, un sacón y borcegos. Se estaba riendo con sus compañeros.

Se acomodó los anteojos. Se estaban por ir.

Con una sonrisa, saludó a Martín levantando el brazo.

Un rato después, nos íbamos cuando el mozo se acercó.

—Señor, se olvida esto.

Señaló sobre la mesa. Pensé que sería el encendedor.

Al apartarme de Martín, como si le hubieran pedido que lo hiciera de ese modo, con disimulo, el mozo dijo:

—Para usted, de parte de una señorita que se fue recién.

Era un papel enrollado y atado con una gomita para el pelo.

Lo abrí.

Decía: «Más viejo y más puto culo roto».

El reportaje

Dos años después, con Martín comíamos en Pipo.

—Estuve con Vicenti. Vino a visitar a los padres.

Vincenti estaba radicado en Estados Unidos.

—Me contó de una entrevista que le hizo a Audrey Light, ¿te acordás de la piba documentalista?

—Claro.

—De nuevo, está nominada para el Oscar por su documental sobre la guerra civil en Guatemala. Y ganó un premio como mejor directora teatral por su versión de *El deseo bajo los olmos*, de O'Neill. Ganó varios premios con un documental sobre retrasados mentales. La hermana tiene un retraso. Vicenti me contó de Audrey y la pobre piba tuvo una vida de mierda

Dejé de comer. Escuché.

—Vicenti va seguido a un restaurante famoso. Los dueños son dos hermanos, argentinos. Rafael es el padre de Audrey y muy buen cocinero. Se hicieron amigos y Rafael le contó que estaba muy orgulloso de ella. Con su mujer, la adoptaron.

Yo quedé perplejo.

—Audrey, de chica, perdió al padre. La madre se volvió a casar y el padrastro, pedazo de hijo de puta, abusó de ella cuando era una nena. Se escapó y estuvo viviendo en la calle. Hasta que este matrimonio se hizo cargo de ella. Consiguieron la adopción y que el padrastro fuera preso. La madre biológica desapareció. En el reportaje, Vicenti le preguntó sobre todo eso, Audrey le contestó: «Te frenás o vas para adelante. Cada uno elige». Flor de pelotas tiene la chica.

Yo estaba paralizado.

—Comé. Se te van a enfriar los ñoquis —dijo Martín.

Comí un bocado. Me sentí acongojado. Dije:

—La primera vez que vi a Luz fue en una clase de teatro.

Y le conté todo.